

*Los Nombres
de Dios*

B. J. Bailey, Dr, D.D.
S. M. Erb, BTh

Título Original: “*The Names of God*”
Copyright © 2001 Dr. Brian. J. Bailey y S.M. Erb, BTh.
Todos los derechos reservados.

Libro de texto de Zion University. Usado con permiso.
Publicado por Zion Christian Publishers.
Título en Español: “*Los Nombres de Dios*”

Traducido por: Marian Belmonte, España.
Revisión y edición: Elsie de Chacón, Jimena Paredes,
abril 2005.

Primera Edición en español impresa en abril de 2005.
Segunda impresión, octubre 2009

A menos que se indique lo contrario,
todas las citas bíblicas fueron tomadas de la versión
Reina-Valera en su revisión de 1960, © 1960 Sociedades
Bíblicas Unidas.

Impreso por:
Zion Christian Publishers
P.O. Box 70
Waverly, NY 14892

ISBN 1-59665-262-4

Reconocimientos

Nos gustaría reconocer con gratitud los trabajos de tres eruditos sobre los que nos hemos apoyado con respecto a las definiciones de estos nombres hebreos de Dios. Ellos son los maestros de generaciones pasadas, cuyos nombres son: Dr. Nathaniel Stone, Dr. Herbert Lockyer, y el Rev. Andrew Jukes. En algunos casos hemos citado palabra por palabra pasajes cortos de sus obras; sin embargo, asumimos toda la responsabilidad del contenido de este libro, confiando que dará toda la gloria a la bendita Trinidad.

A **Belmonte Traductores, Marian Belmonte**, quien realizó la traducción de este libro.

A **Elsie de Chacón** por su ayuda en la revisión de pruebas de la edición en español.

Al **equipo de Traducción del IBJ (Guatemala)** – Por su colaboración en la revisión, corrección y edición de este libro en español

A **Ministerio Para la edificación-El Salvador** por el diseño de la portada.

Deseamos extender nuestro agradecimiento a todas esas personas queridas, pues sin sus muchas horas de inestimable ayuda este libro no hubiera sido posible. Estamos verdaderamente agradecidos por su diligencia, creatividad y excelencia en la compilación de este libro para la gloria de Dios.

Índice

Prefacio	7
Introducción	11
ELOHIM - Los Tres en Uno	15
EL - El fuerte	25
EL ELYON - El Dios Altísimo	31
EL OLAM - El Dios eterno o Dios de la eternidad	41
EL SHADDAI - El Todopoderoso y Suficiente	49
JEHOVÁ - El que existe por Sí mismo	57
ADONAI - El Señor nuestro gobernador o Señor	69

Los nombres compuestos de JEHOVÁ

JEHOVÁ GMOLAH - El Señor de retribuciones	75
JEHOVÁ HOSEENU - El Señor nuestro hacedor	81
JEHOVÁ JIREH - El Señor nuestro proveedor	85
JEHOVÁ M'KADDESH - El Señor que santifica	91
JEHOVÁ MAKKEH - El Señor castigará	97
JEHOVÁ NISI - El Señor nuestro estandarte	101
JEHOVÁ ROHI - El Señor mi pastor	105
JEHOVÁ RAFA - El Señor nuestro sanador	109
JEHOVÁ SABAOTH - El Señor de los ejércitos	113
JEHOVÁ SHALOM - El Señor nuestra paz	119
JEHOVÁ SAMA - El Señor está ahí	125
JEHOVÁ TSIDKENU - El Señor nuestra justicia	129
Conclusión	133

Prefacio

Presentamos este libro con el propósito de desarrollar en el lector, a través de una experiencia y entendimiento personal de los nombres de Dios, un conocimiento más íntimo de las personas de la Divinidad. Está escrito en formato de devocional para que, por Su gracia, podamos conocerlo y apreciarlo de una manera mucho más profunda y completa.

Quisiéramos mostrar no sólo el significado de los nombres de Dios en el Antiguo Testamento, sino su cumplimiento en la persona y obra del Señor Jesucristo en el Nuevo Testamento; que podamos experimentar plenamente cada uno de estos nombres a través de la persona de Jesucristo nuestro Señor.

Este estudio está acompañado de una oración para que podamos conocer mejor a Aquel cuyo nombre está por encima de todo nombre y de la esperanza de que alguien pueda encontrar la salvación a través del nombre de Jesús, fuera del cual “no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12). La importancia del nombre de Dios es enfatizada por el Señor Jesús en Juan 17:6, 26: “He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra...Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos”.

Aunque, Shakespeare dijo en “Romeo y Julieta”: “¿Qué hay en un nombre? Lo que nosotros llamamos rosa, con cualquier otro nombre seguiría oliendo tan bien”. En un claro contraste con lo que escribió Shakespeare, las Santas Escrituras nos muestran que hay mucho contenido en un nombre, ya que estos, a menudo, son expresiones del carácter. Siendo así, antes de entrar en nuestro estudio de los Nombre de Dios, consideremos el cuidado con el que los nombres les fueron dados a algunos personajes bíblicos.

En algunos casos, sus nombres fueron cambiados para denotar el crecimiento espiritual y las nuevas alturas que habían alcanzado en Dios. Muchas veces estos hombres y mujeres de Dios recibieron sus nombres proféticamente o por mandato directo de Dios mismo. Los siguientes son algunos ejemplos de esto:

Matusalén - “en su muerte, comenzará el agua”. Así, los patriarcas sabían que el tiempo del Diluvio sería cuando muriera Matusalén.

Noé - “descanso o consuelo”. Este nombre manifestaba que las generaciones anteriores habían comprendido que todas sus esperanzas de salvación eterna dependían del cumplimiento de la voluntad de Dios en la vida de Noé, ya que Cristo descendía de Adán y de todos los patriarcas antediluvianos enumerados en Génesis capítulo 5 y Lucas capítulo 3.

Abram - “padre enaltecido”. Sin embargo, se le dio otro nombre porque él agradó a Dios.

Abraham - “padre de una gran multitud”. Esto confirma la promesa de Dios desde Génesis 17:5-6: “... porque te he puesto por padre de muchedumbre de gentes. Y te multiplicaré en gran manera, y haré naciones de ti, y reyes saldrán de ti”.

Sarai (la esposa de Abram) - “dominante”. Sin embargo, su nombre cambió a Sara, la princesa sumisa que se convirtió en la madre de naciones. Sólo después que Abraham y Sara recibieron su nuevo nombre, Dios puso nombre al hijo prometido, incluso aún antes de que naciera.

Isaac - “risa” o como algunos teólogos interpretan esto: “la risa de fe”. Abraham rió la risa de fe, creyendo que Dios haría lo que dijo. Tengamos la misma actitud gozosa que tuvo el padre Abraham. ¡Gloria a Dios!

Juan el Bautista - “Jehová ha tenido misericordia” o “gracia”. En el Nuevo Testamento, Juan el Bautista fue usado para ser puente sobre la brecha que había entre la dureza de la ley y la gracia y la verdad que nuestro Salvador introduciría.

Jesús - “Salvador”. Salvará a Su pueblo de sus pecados (Mateo 1:21)

José (por sobrenombre Bernabé) - “Hijo de consolación”. Esto fue debido a su amable compasión y cuidado por sus hermanos cristianos. Esto se puede ver, literalmente cuando tomó al apóstol Pablo bajo su cuidado inmediatamente después de su conversión. (Hch. 9:27 y Hch. 11:24-25).

Saulo (de la tribu de Benjamín) - Alguien que había sido un lobo arrebatador (Gn. 49:27 y Hch. 9:1), le fue cambiado su nombre a Pablo, el obrero que trabajó más que todos los demás apóstoles.

Gloria al bendito nombre del Señor, porque los que queremos ser vencedores recibimos la promesa de Apocalipsis 2:17: “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe”.

Es evidente que Dios mismo concede gran importancia a su nombre en el tercer mandamiento dado en Éxodo 20:7: “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano”. Por tanto, intentemos con reverencia y agradecimiento puro, sumergirnos en el estudio de Sus benditos nombres para que podamos ser más como nuestro maravilloso Señor y que podamos conocerle como Él quiere ser conocido.

Introducción

Como los nombres de Dios hablan de Su naturaleza, nadie puede entender correctamente su significado excepto los que participan de Su naturaleza. En 1 Corintios 2:11 el apóstol Pablo escribe: “Porque, ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios”.

Por tanto, el mero intelecto nunca descubre las verdades secretas intrínsecas en estos nombres. Es por gracia, y sólo por gracia, que nos son reveladas (la revelación que recibimos cuando caminamos en humildad con nuestro Señor).

El deseo del Padre es que todos los verdaderos creyentes puedan conocerle. La oración del Señor Jesús para sus discípulos la tenemos escrita en Juan 17:3: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”. Hablando de esto, Pablo escribe en Filipenses 3:10: “A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte...”. En este estudio queremos conocerle a través del conocimiento y entendimiento de Sus nombres.

Toda la Escritura es útil para enseñar y edificar; sin embargo, mucha gente conoce muy poco acerca de la persona de Dios a través de la revelación que hay en Sus

nombres. Leemos en Éxodo 3:13: “Dijo Moisés a Dios: He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé?”. Dios contestó declarando: “YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros (Ex. 3:14).

La palabra “Dios” tiene la connotación de “Ser supremo” y “Soberano del universo”, pero dice poco de Su carácter y forma de actuar. A veces, un nombre revela la naturaleza, carácter y misión de una persona, ¡pero cómo puede un nombre describir a Aquel a quien los cielos no pueden contener (1 Reyes 8:27)!

Por ejemplo, difícilmente podemos entender o apreciar a Moisés a menos que le veamos en su carácter polifacético. La Biblia habla de Moisés como un príncipe egipcio, un hombre de fe que huyó de Faraón, un pastor del desierto, un líder de hombres y el gran dador de la ley, un santo a quien el Señor se le apareció cara a cara, un profeta tipo del Señor mismo, un hombre lleno de ira santa, pero a la vez llamado el más manso de todos los hombres. También podemos conocer a David no sólo como el rey pastor, sino como un profeta y sacerdote, cumpliendo los tres ministerios del Señor. También fue llamado el dulce cantor de Israel, y fue tan estimado por su pueblo que llegó a ser comparado, en sus días, con un ángel de Dios. Para apreciar totalmente estos dos grandes hombres de Dios, tendríamos que verlos en todas sus facetas antes mencionadas y otras más.

Por tanto, para ayudarnos a llegar a un conocimiento más profundo de Dios y de quién es Él, estudiaremos unos cuantos nombres y nombres compuestos de Dios encontrados en el Antiguo Testamento. Estos nombres revelan diversas facetas de Su carácter y Sus tratos con la raza humana.

ELOHIM

Los Tres en Uno

El primer nombre con el que Dios es revelado en la Escritura es el nombre hebreo de “Elohim”. Este es el único nombre que se usa para Dios en el primer capítulo del libro de Génesis, y se repite en casi cada versículo. “Elohim” es usado unas 3,000 veces en las Escrituras y en más de 2,300 de estas referencias, el término es aplicado a Dios mismo. En los demás casos, es usado para referirse a ídolos, dioses paganos o gentiles. Nosotros, sin embargo, estamos delimitando el estudio de esta palabra a su aplicación para el único Dios verdadero, el creador del universo.

Pluralidad en unidad

Este nombre es un sustantivo plural y se refiere a la pluralidad de la divinidad, la cual vemos ilustrada en Génesis 1:26: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”. Aunque “Elohim” es plural, es Un solo Dios.

La creación fue la obra de los tres miembros de la Divinidad: el Padre (Gn. 1:27), el Hijo (Col. 1:16) y el Espíritu Santo (Job 26:13; Gn. 1:2). El Padre dio la orden, el Hijo proclamó Sus palabras y el Espíritu llevó a cabo Su voluntad. Así, del relato de la creación en Génesis, entendemos cómo los Tres en Uno trabajan juntos.

Hay una cierta cordialidad y seguridad contenida en este nombre, al ver que Elohim creó la tierra. “Porque así dijo JEHOVA, que creó los cielos; él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso; no la creó en vano, para que fuese habitada la creó: Yo soy JEHOVA, y no hay otro” (Is. 45:18). Estos versículos nos dan la sensación de un pacto que los Tres hicieron para llevar a cabo Sus propósitos eternos de crear al hombre a Su imagen y semejanza. Amados, nosotros también fuimos creados con un propósito eterno y nuestro Elohim, mientras caminamos fielmente en Él, amorosamente llevará a cabo Sus propósitos para nuestra vida terrenal y eterna.

Hay otro versículo en las Escrituras que nos ayuda a entender la pluralidad de Elohim, el cual se encuentra en Deuteronomio 6:4: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios (Elohim), Jehová uno es”. Este versículo declara que Elohim es un Señor; sin embargo, mirando bien este versículo, “uno” tiene un significado muy interesante, ya que la palabra hebrea para “uno” es “echad”, cuyo significado no es singular, sino plural. Significa “un componente que se une a otro, quedando juntos”. Aquí vemos la pluralidad en unidad. Las últimas dos letras del título “Elohim”, “im”, representan una terminación plural.

En los primeros dos capítulos de Génesis, el nombre “Elohim” aparece 35 veces en relación al poder creativo de Dios. Es Elohim quien, por Su gran poder, crea el vasto universo. Esto lo sabemos por medio de la autoridad de las Santas Escrituras. “Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía” (Heb. 11:3).

Él es Uno; sin embargo, como declara Su nombre, en Él hay pluralidad y en esta pluralidad, Él tiene ciertas relaciones, en y consigo mismo, lo cual, debido a que Él es Dios, nunca pueden romperse o separarse. Los siguientes ejemplos muestran claramente que este nombre, “Elohim”, se refiere a e implica “Uno que está en una relación de pacto con otro por medio de un juramento”. Podemos ver este principio ilustrado en la vida de los patriarcas.

En los siguientes versículos, Dios (Elohim) hace y recuerda su pacto con Noé: “Y se acordó Dios de Noé, y de todos los animales, y de todas las bestias que estaban con él en el arca; e hizo pasar Dios un viento sobre la tierra, y disminuyeron las aguas... Y habló Dios a Noé y a sus hijos con él, diciendo: He aquí que yo establezco mi pacto con vosotros, y con vuestros descendientes después de vosotros; y con todo ser viviente que está con vosotros; aves, animales y toda bestia de la tierra que está con vosotros, desde todos los que salieron del arca hasta todo animal de la tierra. Estableceré mi pacto con vosotros, y no exterminaré ya más toda carne con aguas de diluvio, ni habrá más diluvio para destruir la tierra. Y dijo Dios: Esta es la señal del pacto que yo establezco entre mí y

vosotros y todo ser viviente que está con vosotros, por siglos perpetuos: Mi arco he puesto en las nubes, el cual será por señal del pacto entre mí y la tierra. Y sucederá que cuando haga venir nubes sobre la tierra, se dejará ver entonces mi arco en las nubes. Y me acordaré del pacto mío, que hay entre mí y vosotros y todo ser viviente de toda carne; y no habrá más diluvio de aguas para destruir toda carne. Estará el arco en las nubes, y lo veré, y me acordaré del pacto perpetuo entre Dios y todo ser viviente, con toda carne que hay sobre la tierra. Dijo, pues, Dios a Noé: Esta es la señal del pacto que he establecido entre mí y toda carne que está sobre la tierra”(Gn. 8:1,9:8-17).

Dios (Elohim) recordó Su pacto, y cumplió Su palabra, un pacto eterno. Vale la pena notar que en Génesis 9:1-7 hay una reiteración de lo que Dios le había hablado a Adán: repoblar la tierra y señorear sobre los animales, con el permiso añadido de comer animales (pero no la sangre, ya que la vida del animal está en la sangre).

A Isaac, Elohim le dio la promesa del pacto que hizo con Abraham, como vemos en Génesis 26:24: “Y se le apareció Jehová aquella noche, y le dijo: Yo soy el Dios de Abraham tu padre; no temas, porque yo estoy contigo, y yo bendeciré, y multiplicaré tu descendencia por amor de Abraham mi siervo”. Así, al hacer el pacto y al guardar el pacto Dios reafirmaba al heredero de la promesa.

Jacob, aunque fue llamado el usurpador, sin embargo recibe la promesa del pacto abrahámico a través de la predestinación de Dios. “Y soñó: y he aquí una escalera

que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella. Y he aquí, JEHOVÁ estaba en lo alto de ella, el cual dijo: Yo soy JEHOVÁ, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente” (Gn. 28:12-14).

Las palabras de José al morir revelan su fe en el pacto que Dios había confirmado con Abraham, Isaac y Jacob. Génesis 50:24-25 dice: “Y José dijo a sus hermanos: Yo voy a morir; mas Dios ciertamente os visitará, y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró a Abraham, a Isaac y a Jacob. E hizo jurar José a los hijos de Israel, diciendo: Dios ciertamente os visitará, y haréis llevar de aquí mis huesos”.

Dios le habló a Moisés y le recordó Su pacto en Éxodo 6:5-8: “Asimismo yo he oído el gemido de los hijos de Israel, a quienes hacen servir los egipcios, y me he acordado de mi pacto. Por tanto, dirás a los hijos de Israel: Yo soy JEHOVÁ; y yo os sacaré de debajo de las tareas pesadas de Egipto, y os libraré de su servidumbre, y os redimiré con brazo extendido, y con juicios grandes; y os tomaré por mi pueblo y seré vuestro Dios; y vosotros sabréis que yo soy Jehová vuestro Dios, que os sacó de debajo de las tareas pesadas de Egipto. Y os meteré en la tierra por la cual alcé mi mano jurando que la daría a Abraham, a Isaac y a Jacob; y yo os la daré por heredad. Yo JEHOVÁ”.

Ahora Moisés recibe una nueva perspectiva en relación al pacto abrahámico, para mostrar a la gente cómo conducir sus vidas personales en las siguientes dos áreas:

- 1.) Su relación con Dios .
- 2.) Su conducta los unos con los otros.

Estos dos puntos son resumidos por los dos mandamientos que nos enseñan a amar a Dios con todo nuestro corazón y después a amar nuestro prójimo como a nosotros mismos (Mt. 22:37-40).

En su oración de dedicación del templo, Salomón se refiere a Elohim como “El que guarda el pacto”. Esto lo podemos leer en 1 Reyes 8:23: “Jehová Dios de Israel, no hay Dios como tú, ni arriba en los cielos ni abajo en la tierra, que guardas el pacto y la misericordia a tus siervos, los que andan delante de ti con todo su corazón”. Este atributo o virtud de Dios es el fundamento de la esperanza que tiene Su pueblo en cada necesidad. Por tanto, Él dice: “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios (Elohim), y no hay más” (Is. 45:22). Dios dijo: “No olvidaré mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios” (Salmo 89:34). Este es el pacto de Dios con nosotros; por tanto, cualquier cosa que Dios nos ha prometido, ya sea por la Palabra que El nos ha dado en lo personal, por profecía o por una Palabra de Su Espíritu Santo a nuestro corazón, Él la cumplirá con la condición de que obedezcamos Sus mandamientos.

Dios declaró a Israel por medio del apóstol Pablo, en Romanos 11:23-27: “Y aun ellos, si no permanecieren en

incredulidad, serán injertados, pues poderoso es Dios para volverlos a injertar. Porque si tú fuiste cortado del que por naturaleza es olivo silvestre, y contra naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, ¿cuánto más éstos, que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo? Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados”.

Así mismo, el Nuevo Pacto fue dado por Elohim cuando prometió ser su Dios en Jeremías 31:33: “Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios (Elohim), y ellos me serán por pueblo”. Esto es citado por el apóstol Pablo en Hebreos 8:10: “Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo...”. Sin embargo, en Gálatas 6:16 Pablo aplica esta promesa a la iglesia, por ser también el Israel de Dios. Este Nuevo Pacto lleva a cabo lo que el pacto mosaico sólo pudo señalar.

La propia enseñanza de nuestro Señor reitera esta misma verdad de la fidelidad de Dios, primero usando una oveja perdida y luego una moneda perdida para ilustrar el gozo

del Padre por el regreso de uno que se había alejado, acallando así las objeciones de los escribas y fariseos a la hora de recibir a los pecadores (Lc. 15:1-2). El nombre “Elohim” significa todo esto y más. Este nombre dice: “Dios ha prometido”; declara: “Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de Su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables (Su voluntad y Su palabra), en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros” (Heb. 6:17-18). Esto nos da mucha seguridad y certeza a quienes antes estábamos perdidos en nuestro pecado. El profeta Balaam enfatiza este aspecto del carácter de Dios, aunque al hacerlo use una forma abreviada de Elohim –El– cuando dice en Números 23:19: “Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. Él dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?”.

“Elohim” expresa siempre la connotación de “Alguien bajo pacto” e implica “Alguien que permanece en una relación de pacto”. En este caso, es Abraham “el que está bajo pacto”, para llevar a cabo los propósitos de Él, como está escrito: “Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti” (Gn. 17:7). “Elohim” significa una relación de pacto, la cual Él es siempre fiel para guardar.

¡Cómo no orar para que nuestros ojos sean abiertos, para entender todo lo que está atesorado para nosotros y para

todas las criaturas en “Elohim”! El Salmo 91:2 declara: “Mi Dios (Elohim) en quien confiaré”. Él nos ama y es fiel en llevar a cabo lo que ha prometido hacer por nosotros, porque Él es el Dios que guarda el pacto. ¡Alabemos Su precioso nombre!

EL – El fuerte

Con la concordancia Strong's podemos entender el significado y apreciación del uso de este nombre, por lo que citamos:

El – Strong's #410 – abreviada de #352; fortaleza; como adjetivo, poderoso; especialmente el Todopoderoso (pero que se usa también con cualquier deidad), - Dios (dios), bueno, grande, ídolo, poderoso, poder, fuerte.

Ayil – Strong's #352 – del mismo que #193, fuerza, de aquí cualquier cosa fuerte, específicamente un jefe; también un carnero (por su fuerza); pilastra (como un apoyo fuerte); un roble u otro árbol fuerte –encina, dintel, poste, carnero, valiente, árbol.

De las definiciones anteriores aportadas por la concordancia Strong's, vemos que el significado raíz de “El” es “ser fuerte”.

Este nombre es usualmente más utilizado para expresar la fuerza de Dios y se puede encontrar a lo largo de todo

el Antiguo Testamento, especialmente en Job y en los Salmos. Fue bajo el nombre de “El” que Dios sacó a Israel de Egipto: “Dios (El) los ha sacado de Egipto; tiene fuerzas como el búfalo” (Nm. 23:22).

Para enfatizar la grandeza del poder de Dios a través de Sus poderosos hechos al sacar a Israel de la tierra de Egipto y Sus juicios sobre la compañía de Coré, Moisés dice en Deuteronomio 10:17: “Porque Jehová vuestro Dios (Elohim) es Dios de dioses (Elohim), y Señor de señores (Adonai), Dios grande (o El), poderoso y temible...”. Así pues, “El” se usa claramente de forma diferente de Sus otros nombres para describir la fuerza de Dios.

La primera mención de Dios como “El” en la Escritura se encuentra en la descripción del sacerdocio de Melquisedec en Génesis 14:18-19: “Entonces Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo (El), sacó pan y vino; y le bendijo, diciendo: Bendito sea Abram del Dios Altísimo (El), creador de los cielos y de la tierra...”.

Es interesante que se use “El”,- el Dios de fuerza,- porque esto revela que es por medio de Su fuerza que el Señor lleva a cabo, o resucita, el sacerdocio de Melquisedec para Su propio Hijo amado. Pablo declara en Hebreos 6:20, que Jesús fue hecho Sumo Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. Este es el sacerdocio de los creyentes del Nuevo Testamento, porque Jesús es nuestro Sumo Sacerdote.

Melquisedec fue un Rey Sacerdote y nosotros también somos llamados a ser reyes y sacerdotes para reinar con

Cristo, como leemos en Apocalipsis 20:6: “Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años”. Que podamos conocerlo como “El”, nuestra fuerza, el único que puede darnos la fuerza para obtener Su bendición.

Agar, la egipcia, mujer de Abraham, llamó a Dios por Su nombre en Génesis 16:13: “Entonces llamó el nombre de Jehová que con ella hablaba: Tú eres (El) Dios que ve; porque dijo: ¿No he visto también aquí al que me ve?” Agar usó este nombre de Dios, mostrando que para ella Él era un ser fuerte que podía cumplir la promesa de hacer de Ismael una gran nación.

Nosotros también debemos contemplar las circunstancias del nacimiento de Ismael, porque no fue éste el plan de Dios. Ismael fue el producto del razonamiento carnal de Sara y el consentimiento de Abraham, pero Dios bendijo aun este error. Aunque cometamos errores, amados, Dios puede convertirlos en una bendición.

Sin embargo, Él no siempre convierte nuestros pecados en bendiciones; hay un punto del que deberíamos tomar nota: había dos linajes. Ismael nació de la carne e inmediatamente tuvo doce hijos, pero la línea buena de Isaac tuvo la generación interpuesta de Esaú y Jacob para purificar más aún (separando la naturaleza sensual y perezosa de Isaac) la línea de los doce patriarcas. Los errores no se convierten necesariamente en obras maestras, aun bajo la mano de Dios. Recuerde también que Ismael

fue una espina en el costado de Israel desde su nacimiento, lo ha sido a lo largo de todas las generaciones. No obstante, meditemos en el nombre “El” (el Dios Poderoso), que puede hacer que se cumpla todo lo que ha prometido hacer por nosotros y, por Su gracia, cambiar nuestros errores en algo fructífero.

Moisés conoció a Dios como “El”, el Dios de Fuerza, cuando en su canto de victoria dijo: “Jehová es mi fortaleza y mi cántico, y ha sido mi salvación. Este es mi Dios (El), y lo alabaré; Dios (Elohim) de mi padre, y lo enalteceré” (Éx. 15:2).

Cuando nos enfrentamos con lo que parece ser algo insuperable, contra un enemigo fuerte, démonos cuenta que nuestro “El”, nuestro Dios de Fuerza, es más fuerte que nuestro enemigo y que puede vencerlo dándonos la victoria. ¡Gloria a Dios! Este es el Dios que conocía Moisés.

Josué también conoció a Dios como “El”, como queda evidenciado cuando se dirige a los hijos de Israel antes de cruzar el Jordán: “Y añadió Josué: En esto conoceréis que el Dios (El) viviente está en medio de vosotros, y que él echará de delante de vosotros al cananeo, la heteo, al heveo, al ferezeo, al gergeseo, al amorreo y al jebuseo” (Jos. 3:10).

Así pues, cuando el Señor, nos da la orden de ir y poseer nuestra herencia, con la revelación de Él como “El”, veremos su fuerza manifestada en la derrota de quienes se nos oponen.

La declaración victoriosa de David en 2 Samuel 22:33-35 deja ver su íntimo conocimiento del nombre “El”, “Dios (El) es el que me ciñe de fuerza, y quien despeja mi camino; quien hace mis pies como de ciervas, y me hace estar firme sobre mis alturas; quien adiestra mis manos para la batalla, de manera que se doble el arco de bronce con mis brazos”. ¡Amados, dejemos que el Dios de fuerza (El) haga nuestro camino perfecto para que podamos saltar como el ciervo de cima en cima, victoriosos en nuestro “El”, como lo hizo el amado Rey David!

Se usa “El” en el Salmo 22:1, el cual predice los sufrimientos de Cristo en la cruz. En este Salmo, Cristo apela a “El” en Su agonía: “Dios (El) mío, Dios (El) mío”. Así pues, en el relato de la crucifixión del Nuevo Testamento, tenemos a Jesús gritando a gran voz: “Eloi, Eloi” (Marcos 15:34), diciendo: “Mi fuerza, mi fuerza”. Aun cuando Su vida se estaba extinguiendo, Él clamó en su agonía al Dios de Fuerza, que le había sostenido a lo largo de Su vida y ministerio.

Aprendamos, sin dudar, a conocer este aspecto de la Divina Majestad en las alturas, como se nos exhorta en Isaías 40:31: “Pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán”. Conozcamos a Aquel de quien habla Pablo en Filipenses 4:13: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”.

“El” se combina frecuentemente con sustantivos o adjetivos para expresar el divino nombre con referencia a

atributos o frases en particular. Consideraremos ahora las siguientes formas o derivados de Su nombre (El):

El Elyon – El Dios Altísimo

El Olam – El Dios Eterno

El Shaddai – El Dios Todopoderoso, Suficiente.

EL ELYON

El Dios Altísimo,

o Altísimo Señor

Este nombre, del cual hemos hablado anteriormente, con referencia a “El”, el Dios de Fuerza, al igual que El Elyon, es revelado por primera vez durante el ministerio del Rey Sacerdote Melquisedec (Gn. 14:18-22). Este título de Dios aparece cuatro veces en estos versículos. “Entonces Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo (El Elyon), sacó pan y vino; y le bendijo, diciendo: Bendito sea Abram del Dios Altísimo (El Elyon), creador de los cielos y de la tierra; y bendito sea el Dios Altísimo (El Elyon), que entregó tus enemigos en tu mano. Y le dio Abram los diezmos de todo. Entonces el rey de Sodoma dijo a Abram: Dame las personas, y toma para ti los bienes. Y respondió Abram al rey de Sodoma: He alzado mi mano a Jehová Dios Altísimo (El Elyon), creador de los cielos y de la tierra...”.

Melquisedec tenía el sacerdocio más alto, incluso más alto que el sacerdocio levítico. El apóstol Pablo desarrolla este hecho en Hebreos 7:4, donde dice: “Considerad, pues, cuán grande era éste, a quien aun Abraham el patriarca dio diezmos del botín”. Pablo continúa en Hebreos 7:7, 9-10: “Y sin discusión alguna, el menor es bendecido por el mayor...Y por decirlo así, en Abraham pagó el diezmo también Leví, que recibe los diezmos; porque aún estaba en los lomos de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro”.

La orden de Melquisedec es, como ya hemos dicho, el sacerdocio gentil de la era de la Iglesia. El mismo Jesús es el Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec. Hebreos 7:1-3 declara: “Porque este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo, que salió a recibir a Abraham que volvía de la derrota de los reyes, y le bendijo, a quien asimismo dio Abraham los diezmos de todo; cuyo nombre significa primeramente Rey de justicia, y también Rey de Salem, esto es, Rey de paz; sin padre, ni madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre”.

“Elyon” significa “el más alto de una orden”; por esto, Jesús, como el Sumo Sacerdote, es el miembro supremo del sacerdocio de Melquisedec. Con respecto a Israel, Deuteronomio 26:19 nos dice que la nación de Israel va a ser la más alta de las naciones de la tierra. De igual forma, hablando del Señor Jesucristo mismo, el Salmo 89:27 dice: “Yo también le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra”. Por lo tanto, como Rey de reyes, Él reina sobre todos los reyes y reinos de la tierra.

Aplicando esto a Dios, Él es el Altísimo (el más alto), gobernando sobre los seres de naturaleza semejante, porque fuimos hechos a la imagen de Dios y estamos siendo conformados a Su semejanza. Así, la palabra “Elyon” o “Altísimo”, aquí aplicada a Dios, revela que Él es el más alto y que gobierna sobre los que están debajo de Él, a los cuales otorgó una naturaleza semejante, haciéndolos así de alguna manera estar relacionados con Él, sin embargo, como el Altísimo, Él tiene poder para gobernarlos y cambiarlos como Él desee, cuando éstos son desobedientes o buscan exaltarse a sí mismos contra Él.

Hay un ejemplo muy claro de esto en el libro de Daniel con relación al testimonio del rey Nabucodonosor. Esto está escrito en Daniel 4:4-7: “Yo Nabucodonosor estaba tranquilo en mi casa, y floreciente en mi palacio. Vi un sueño que me espantó, y tendido en cama, las imaginaciones y visiones de mi cabeza me turbaron. Por esto mandé que vinieran delante de mí todos los sabios de Babilonia, para que me mostrasen la interpretación del sueño. Y vinieron magos, astrólogos, caldeos y adivinos, y les dije el sueño, pero no pudieron mostrar su interpretación”.

El rey relata la visión en Daniel 4:10-18: “Estas fueron las visiones de mi cabeza mientras estaba en mi cama: Me parecía ver en medio de la tierra un árbol, cuya altura era grande. Crecía este árbol, y se hacía fuerte, y su copa llegaba hasta el cielo, y se le alcanzaba a ver desde todos los confines de la tierra. Su follaje era hermoso y su fruto abundante, y había en él alimento para todos. Debajo de

él se ponían a la sombra las bestias del campo, y en sus ramas hacían morada las aves del cielo, y se mantenía de él toda carne. Vi en las visiones de mi cabeza mientras estaba en mi cama, que he aquí un vigilante y santo descendía del cielo. Y clamaba fuertemente y decía así: Derribad el árbol, y cortad sus ramas, quitadle el follaje, y dispersad su fruto; váyanse las bestias que están debajo de él, y las aves de sus ramas. Mas la cepa de sus raíces dejaréis en la tierra, con atadura de hierro y de bronce entre la hierba del campo; sea mojado con el rocío del cielo, y con las bestias sea su parte entre la hierba de la tierra. Su corazón de hombre sea cambiado, y le sea dado corazón de bestia y pasen sobre él siete tiempos. La sentencia es por decreto de los vigilantes, y por dicho de los santos la resolución, para que conozcan los vivientes que el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y que a quien él quiere lo da, y constituye sobre él al más bajo de los hombres. Yo el rey Nabucodonosor he visto este sueño. Tú, pues, Beltsasar, dirás la interpretación de él, porque todos los sabios de mi reino no han podido mostrarme su interpretación; mas tú puedes, porque mora en ti el espíritu de los dioses santos”.

Al escuchar el sueño, durante una hora, Daniel quedó aturdido y perplejo, y sus pensamientos lo preocupaban. Luego Daniel da la interpretación en Daniel 4:20-27, pero consideremos el versículo 25: “Que te echarán de entre los hombres, y con las bestias del campo será tu morada, y con hierba del campo te apacentarán como a los bueyes, y con el rocío del cielo serás bañado; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que conozcas que el Altísimo (Strong’s 5943 de la 5946 “Elyon”) tiene dominio en el reino de los hombres, y que lo da a quien él quiere”.

Después de doce meses estas cosas le acontecieron al rey,. Vemos el orgullo y la arrogancia en el rey Nabucodonosor cuando dijo: “¿No es esta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?”. La intención de Dios con este castigo se revela en Daniel 4:17, 32: “La sentencia es por decreto de los vigilantes, y por dicho de los santos la resolución, para que conozcan los vivientes que el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y que a quien él quiere lo da, y constituye sobre él al mas bajo de los hombres...Y de entre los hombres te arrojarán, y con las bestias del campo será tu habitación, y como a los bueyes te apacentarán; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que reconozcas que el Altísimo tiene el dominio en el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere”.

Ahora, vemos un evento a destacar en la vida de este rey que siendo tan poderoso en la tierra y habiendo dirigido el reino más poderoso del mundo en ese entonces, recibió revelación que era nada comparado con “el Dios Altísimo”. Consideremos humildemente la condición de muchas naciones en la actualidad, con sus líderes que parecen ser poderosos, pero en “un día” pueden pasar a ser nada.

Incluso después de una advertencia tan severa (y recuerden que estaba comprobado que Daniel era preciso en sus sueños y visiones), Nabucodonosor todavía estaba tan absorto en su propia importancia y orgullo que, aunque se le repitió el aviso, el juicio llegó. No obstante, Dios misericordiosamente restauró a este rey, cuando, al final de su juicio, la mente de Nabucodonosor se aclaró y

también su entendimiento. Nabucodonosor luego lo reconoció, como vemos en Daniel 4:34-35: “Mas al fin del tiempo yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?”.

Tenemos otro claro ejemplo en Luzbel, el gran enemigo de Dios y nuestro también. Ezequiel 28:2-19 aporta un cuadro desgarrador y escalofriante de uno que pensó que era superior a Dios, como se narra con precisión, en Ezequiel 28:17: “Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra; delante de los reyes te pondré para que miren en ti”.

Otro ejemplo del orgullo del corazón de Luzbel lo encontramos en Isaías 14:12-16: “¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones. Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo. Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo. Se inclinarán hacia ti los que te vean, te contemplarán, diciendo: ¿Es éste aquel varón que hacía temblar la tierra, que trastornaba los reinos...”.

Quizá nunca estaremos en una posición tan elevada como la de reyes, reinas o líderes de ejércitos; sin embargo, aquellos que ocupan incluso posiciones menos importantes pueden tener un gran ego y creer que son mucho más grande de lo que son. Pongamos atención a la exhortación del apóstol Pablo: “Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno” (Rom. 12:3).

El Señor mismo habló así. En Mateo 20:20-21, 25-26: “Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, postrándose ante él y pidiéndole algo. Él le dijo: ¿Qué quieres? Ella le dijo: Ordena que en tu reino se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda... Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor...”.

Pensando en este nombre de Dios, debemos considerar la autoridad. Dios tiene una jerarquía aquí en la tierra de la cual Él es supremo y nosotros debemos estar dispuestos a obedecer y someternos a esa autoridad. Dios ha ordenado esta estructura y nos habla a través de los que están en autoridad sobre nosotros, ya sea un pastor, padre, maestro, jefe, etc. El Señor Jesús enfatizó esto cuando dijo en Mateo 23:2-3: “En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. Así que, todo lo

que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen”.

Jesús honró el oficio de los fariseos, pero condenó a los hombres porque enseñaban pero no obedecían sus propios mandamientos. Nosotros también vemos cómo Dios mismo reconoció la posición de Caifás, un hombre malvado, a quién Él concedió una revelación a través de la profecía, simplemente por virtud de su oficio como sumo sacerdote. “Entonces los principales sacerdotes y los fariseos reunieron el concilio, y dijeron: ¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales. Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación. Entonces Caifás, uno de ellos, sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca. Esto no lo dijo por sí mismo, sino que como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación...”(Juan 11:47-51).

Nosotros mismos debemos ser muy reverentes y cautos en nuestras acciones y palabras con los que están en autoridad, prestando atención a la amonestación que el apóstol Pablo escribió en Romanos 13:1-5: “Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrearán condenación para sí mismos. Porque los magistrados no están para infundir temor al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la

autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; porque es servidor de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo. Por lo cual es necesario estarle sujetos, no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia”. En toda mi vida nunca he visto prosperar a los que han hablado o actuado contra la autoridad.

Deberíamos temblar y temer hablar en contra, desobedecer o tomar a la ligera a las autoridades, ya sea que sean justas o no. Dios ordena la posición de cada persona y Él es el Altísimo. Recuerde las palabras del rey Salomón, que enseñó así: “Como los repartimientos de las aguas, así está el corazón del rey en la mano de Jehová; a todo lo que quiere lo inclina” (Prov. 21:1). Por lo tanto, Dios puede cambiar el corazón de los que están en autoridad para que hagan lo que Él desee para nuestro bien y para llevar a cabo Sus propósitos. Como dijo Pedro, debemos obedecer al rey o gobernante y comprometernos con el Rey de reyes que gobierna sobre todo.

EL OLAM

El Dios Eterno, el Dios de la Eternidad

Este nombre de Dios, aunque raramente aparece en las Escrituras, revela un aspecto maravilloso de la naturaleza y persona de Dios. Lo retrata como el Eterno, como declara Moisés en el Salmo 90:1-2: “Oración de Moisés, varón de Dios. Señor, tú nos has sido refugio de generación en generación. Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios”.

Nuevamente podemos leer acerca de este aspecto del carácter de Dios en el Salmo 93:2: “Tú eres eternamente”. Este versículo revela a Dios como el que no habita en el tiempo, sino que gobierna el tiempo, porque un día es como mil años para Él. Él siempre ha existido y siempre existirá.

Podemos mirar hacia delante con menos dificultad y ser capaces de comprender, de alguna forma, que nosotros mismos podemos heredar la vida eterna, aunque todos tuvimos un principio; por esto, nos resulta muy difícil comprender que Dios no tiene comienzo, sino que siempre ha existido. No es algo que nuestra mente finita sea capaz de entender. Antes de la fundación del mundo, Él nos conocía y sabía todo acerca de nosotros. En el cielo, nuestra mente será abierta y transformada de manera tal que seremos capaces de comprender este principio, el cual, por ahora, tenemos que aceptar por fe.

El nombre “El Olam” aparece por primera vez en las Escrituras en el “pozo de un juramento” (Beerseba), porque allí Abraham llamó “...el nombre de Jehová, el Dios Eterno” (Gn. 21:33).

Fue allí donde Abraham hizo un pacto con Abimelec, el líder filisteo que le pidió a Abraham que tratara amablemente a su hijo y a su nieto. El propósito también fue establecer que el pozo había sido construido por Abraham y que le pertenecía.

Habiendo confirmado el juramento con el hombre, Abraham clamó a Dios, el Dios Eterno, para confirmar el juramento, él que perduraría durante muchas generaciones. Aun hoy, algunas personas dicen que hay una obsesión entre los judíos con relación a la eternidad, porque ellos piensan en términos de cientos de años incluso cuando es una cuestión de depósitos minerales, provisiones de agua y cosas similares, lo cual es, a menudo, ajeno al pensamiento del mundo occidental. Seguramente hay en este acto de Abraham algo

digno de elogio, por considerar su simiente y la simiente de su simiente para muchas generaciones. El pensamiento de Abraham fue siempre hacia lo eterno, como se nos dice en Hebreos 11:10: “Porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios”.

Abraham caminó con “El Olam”, “el eterno Dios de la Eternidad”. Qué bueno sería si cada uno de nosotros pensara en términos de la eternidad cuando estemos considerando nuestras acciones aquí en la tierra. Caminar a la luz de la eternidad es la sabiduría del sabio.

Abimelec mantuvo su parte del juramento cuando trató a Isaac con bondad después de la muerte de Abraham (Gn. 26:1-12). Sin embargo, leemos sobre Isaac en Génesis 26:1-5 y 26:23-24: “Después hubo hambre en la tierra, además de la primera hambre que hubo en los días de Abraham; y se fue Isaac a Abimelec rey de los filisteos, en Gerar. Y se le apareció Jehová, y le dijo: No descendas a Egipto; habita en la tierra que yo te diré. Habita como forastero en esta tierra, y estaré contigo, y te bendeciré; porque a ti y a tu descendencia daré todas estas tierras, y confirmaré el juramento que hice a Abraham tu padre. Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y daré a tu descendencia todas estas tierras; y todas las naciones de la tierra serán benditas en tu simiente, por cuanto oyó Abraham mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes... Y de allí subió a Beerseba. Y se le apareció Jehová aquella noche, y le dijo: Yo soy el Dios de Abraham tu padre; no temas, porque yo estoy contigo, y yo bendeciré, y multiplicaré tu descendencia por amor de Abraham mi siervo...”.

Dios, desde el comienzo del tiempo, había determinado Sus propósitos a través de Isaac, de quien vendría Cristo, la simiente eterna, como leemos en Gálatas 3:16, 29: “Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a su simiente, la cual es Cristo... Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa”.

Cada compromiso que hacemos es probado. Esto lo vemos claramente en Génesis 22:1-2: “Aconteció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham, y le dijo: Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas...”. El propósito de la prueba fue probar si Abraham temía verdaderamente a Dios, si estaba con Él o contra Él. Abraham probó, por su obediencia y disposición a ofrecer la simiente prometida, que sin duda alguna temía a Dios (Gn. 22:12). Abraham demostró que nada se interponía entre él y su compromiso con el Dios Eterno. Dios afirmó la fe y obediencia de Abraham en Hebreos 11:17-18: “Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndose dicho: En Isaac te será llamada descendencia”.

El Dios Eterno, que no está limitado por el tiempo, es revelado de nuevo por el apóstol Pablo en Efesios 2:7 y 3:9-11, mientras mira a la eternidad cuando habla del amor de Dios y Su bondad hacia nosotros, criaturas finitas: “Para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del

misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas; para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor...”.

Pablo desarrolla este pensamiento de los propósitos eternos de Dios (que fueron guardados en secreto hasta el momento predeterminado del tiempo cuando Dios consideró conveniente revelar el misterio de lo que ahora leemos) en Romanos 16:25-26: “Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe...”.

Cuando una verdad va a ser revelada, es Dios, en todo el espectro de Su plan y propósitos, quien determina en qué tiempo se debe dar a conocer una verdad. Pablo está diciendo que esto “fue guardado en secreto” según el mandamiento del Dios Eterno, pero que ahora se ha hecho manifiesto. Dios, que trasciende el tiempo (Sal. 90:2), está todavía trabajando pacientemente a través de todas las generaciones y dispensaciones lo que se propuso por medio de Cristo, la Simiente Eterna, cuyos hijos somos nosotros, si somos nacidos de Él. Hay un tiempo para cada cosa (Ec. 3:1), un tiempo para que Jesús viniera a la tierra como hombre, un tiempo para que El muriera en la cruz y fuera resucitado de la muerte, y un tiempo para

volver otra vez en gloria. El Olam está por encima del tiempo, pero a la vez está trabajando a través del tiempo para llevar a cabo Sus propósitos. El Salmo 90:4 declara: “Porque mil años delante de tus ojos son como el día de ayer, que pasó, y como una de las vigilias de la noche”.

La gente dice: “¿Dónde está la promesa de su advenimiento?” (2 Pedro 3:4). Debemos estar preparados, porque Dios no se retrasa; Él nunca llega tarde ni temprano, sino que se mueve en el tiempo perfecto. Esto es enfatizado por el apóstol Pedro, quien, en sus días estaba experimentando oposición con relación a la enseñanza de la Segunda Venida de Cristo. “Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (2 P. 3:8-10).

Como nosotros somos nacidos de Dios y Él nos ha dado la vida, nosotros también somos eternos, conocidos y escogidos antes de la fundación del mundo, por esto moraremos eternamente en el cielo o en el infierno. Como se supone que los que estudiamos este libro vamos a ir al cielo, aferrémonos al lugar que Dios ha ordenado para nosotros y así recibir el elogio: “Bien hecho, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu Señor”. Luchemos, por Su gracia, hasta alcanzar la meta del supremo llamamiento

para nuestra vida (Fil. 3:14), teniendo en mente que donde cayere el árbol, allí quedará postrado (Ec. 11:3); de igual forma, donde muramos, allí quedaremos para la eternidad. Nuestro estado eterno depende de nuestra vida en la tierra. Oremos, por tanto, la oración de Moisés del Salmo 90:12: “Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría”.

EL SHADDAI

El Dios Todopoderoso y Suficiente

Al estudiar y meditar en este nombre de nuestro amado Padre, veámosle en dos partes: El y Shaddai. Esto nos permitirá saborear toda la maravillosa naturaleza que hay revelada en Su nombre.

“El” se traduce como “Dios” en la versión utilizada en este libro (Reina Valera 1960), lo que ya vimos anteriormente; sin embargo, tenemos que refrescar nuestra mente para que podamos unir su significado con la segunda parte de este nombre. “El” principalmente significa “el fuerte”, “poder” o “fuerza”, y se usa en este sentido en muchos pasajes de la Escritura. Es una palabra usada frecuentemente para divinidad y suele usarse en circunstancias que indican el gran poder de Dios. Por ejemplo, en Números 23:22 se nos dice que fue bajo el

nombre de “El” como Dios sacó a Israel de Egipto. Cuando la palabra se aplica al Dios Verdadero, como se hace continuamente, siempre se asume Su poder. Veamos por ejemplo el Salmo 18:32: “Dios (El) es el que me ciñe de poder, y quien hace perfecto mi camino”. Otra vez en el Salmo 77:14 encontramos el uso de “El”: “Tú eres el Dios (El) que hace maravillas; hiciste notorio en los pueblos tu poder”.

La primera mención del nombre de “El Shaddai” aparece cuando Dios, como Jehová, se reveló a Abraham y dijo: “Yo soy el Dios Todopoderoso” (Gn. 17:1). El mismo título fue usado cuando Isaac bendijo a Jacob en Génesis 28:3: “Y el Dios omnipotente (El Shaddai) te bendiga (Jacob), y te haga fructificar y te multiplique, hasta llegar a ser multitud de pueblos...”. Más adelante, en Génesis 35:11, Dios (El Shaddai) confirmó esta bendición a Jacob: “También le dijo Dios (a Isaac): Yo soy el Dios omnipotente: crece y multiplícate; una nación y conjunto de naciones procederán de ti, y reyes saldrán de tus lomos...”.

“El” describe el poder de Dios; sin embargo, cuando se une a “Shaddai”, el pensamiento expresado en el nombre compuesto “El Shaddai” denota “poder para bendecir”. “Shaddai” significa principalmente “El que amamanta”, porque está formado directamente de la palabra hebrea “Shad”, que significa “pecho”. Por tanto, aquí Dios se muestra como el que nutre, suple y satisface, cualidades esencialmente asociadas con el pecho de una madre. “El Shaddai”, por tanto, se puede interpretar como “Aquel que tiene los recursos ilimitados para suplir las necesidades de Sus hijos”.

“El Shaddai” también significa “Aquel que tiene el poder para hacer cualquier cosa, para llevar a cabo Su voluntad en las vidas de Su pueblo”. Este nombre describe Su capacidad para hacer que las personas estériles de Su pueblo puedan dar mucho fruto. Un claro ejemplo de esto son los tratos del Señor con Abraham y Sara, ambos habiendo pasado la edad para poder tener hijos, sin embargo, por la gracia de Dios fueron asombrosamente fructíferos (Gn. 17-21).

Fue la fe en El Shaddai lo que hizo que los santos de antaño como Martin Lutero, John Wesley, William Booth, y William Carey, creyeran que lo que Dios había prometido era también capaz de llevarlo a cabo, y que podía transformarlos en hombres y mujeres fructíferos para el Señor cada uno en su campo de servicio.

El Dr. Nathaniel Stone destacó que Abram por mucho tiempo había sido el heredero de la promesa escrita en Génesis 12:2,7: “Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Y apareció Jehová a Abram, y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra. Y edificó allí un altar a Jehová, quien le había aparecido”. Por tanto, Abram, a la avanzada edad de 75 años, recibió promesas de una tierra y posteridad, tanto física como espiritualmente.

Como Abraham esperó a ver el cumplimiento de la promesa de Dios para él, el Señor, por Su gracia, lo confirmó en Génesis 13:14-15 y 15:1-21. Sin embargo, en lo natural, parecía que pronto sería demasiado tarde para el cumplimiento de la misma, y así, cuando Abraham tenía 86

años, intentó por sus propias fuerzas obtener la promesa que Dios le dijo que llevaría a cabo por Su poder. Tristemente, como Abraham intentó obtener las promesas de Dios en su carne, cosechó las consecuencias de la carne en Ismael.

A la edad de 99 años, Abraham, en su humanidad, sólo podía pensar en términos de Ismael, porque su cuerpo ahora era incapaz de tener hijos (Gn. 17:17-18, 18). Sin embargo, en ese momento Dios se le reveló como “El Shaddai”, el “Dios Todopoderoso, poderoso en suficiencia, dándole de Su abundancia y bendición”. Dios no está limitado por ninguna debilidad e incapacidad humana.

Vemos en estos relatos que Abraham no fue siempre fuerte en la fe e intentó obtener la promesa por sí mismo. Sin embargo, encontramos en Romanos 4:19-21 que a la edad de 100 años su fe no era débil, sino que teniendo una relación progresiva con el Señor, maduraba, y así Dios siguió revelándose de distintas maneras de acuerdo a las necesidades de Abraham. Fue por esta nueva revelación de Dios como “El Shaddai”, que Abraham y Sara aprendieron que sólo Dios es capaz de llevar a cabo Sus promesas (Heb. 11:11).

Así como esta revelación fue necesaria para Abraham y Sara, los padres de nuestra fe, nosotros también debemos experimentar esta revelación de “El Shaddai” y saber que Cristo, y sólo Cristo, es capaz de llevar a cabo Sus propósitos en nuestra vida. Si intentamos cumplir las promesas en nuestra propia fuerza, cosecharemos un Ismael, como les pasó a Abraham y Sara, ¡pero a su vez Dios siempre es fiel con los que esperan en Él!

Cuando ellos supieron que su cuerpo era incapaz de producir el heredero de la promesa de Dios, entendieron que era sólo por la gracia y la fuerza de Dios que se cumplirían las promesas que les había hecho. Aprendieron de su propia insuficiencia, la futilidad de confiar en esfuerzos humanos y el peligro de adelantarse a Dios. Cuando somos despojados de nuestra propia fuerza y esfuerzos, entonces El Shaddai, -el Dios que se derrama,- puede llenarnos de Su poder. Segunda de Corintios 3:5 dice: “No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios...”. Todo lo que logramos para Dios es por Su Espíritu que trabaja y mora en nosotros. Por nuestra propia fuerza nunca obtendremos las promesas, sino que sólo produciremos un Ismael, dolor y problemas.

El Dios Todopoderoso es capaz de llevar a cabo Sus planes y promesas en nosotros. Podemos pasar de la esterilidad de Abraham a la productividad de Abraham cuando recibimos de “El Shaddai”, “el Dios que se derrama”, cuando somos vaciados de nuestra propia confianza y voluntad, y somos llenados con su omnipotencia. Queremos ser participantes de este aspecto de la naturaleza de Dios.

Cuando Jaboc salió para ir a Padanaram, su padre Isaac declaró una bendición sobre él diciendo: “Y el Dios omnipotente te bendiga, y te haga fructificar y te multiplique, hasta llegar a ser multitud de pueblos...” (Gn. 28:3).

Sin embargo, años después, cuando Jacob salió de Padanaram, Dios mismo se le apareció a Jacob y pronunció

una bendición sobre él, como leemos en Génesis 35:11: “También le dijo Dios: Yo soy el Dios omnipotente: crece y multiplícate; una nación y conjunto de naciones procederán de ti, y reyes saldrán de tus lomos...”.

También en ese momento, Dios confirmó que Él había cambiado el nombre de Jacob por “Israel”, que significa “Príncipe para Dios”. Por tanto, esta revelación del nombre “El Shaddai” aporta una gran bendición y una elevación a una esfera superior en Dios.

José recibió esta bendición, como vemos en Génesis 49:25: “Por el Dios de tu padre, el cual te ayudará, por el Dios Omnipotente, el cual te bendecirá con bendiciones de los cielos de arriba, con bendiciones del abismo que está abajo, con bendiciones de los pechos y del vientre...”. José recibió la doble porción porque recibió la primogenitura (1 Cr. 5:1-2).

Después de haber meditado, estudiado y rumiado estos principios, entendemos que para tener un fruto abundante en nuestra vida, tenemos que experimentar la bendición de “El Shaddai”. Es esencial esperar el tiempo de Dios para que pronuncie Su bendición sobre nosotros, como hemos visto a través de la vida de Abraham o de otra manera, el mal fruto se multiplicará. A lo largo de mi vida he visto muchos buenos ministros que no supieron esperar su “Isaac”, sino que produjeron su propio “Ismael”. Ellos atrajeron, a través de grandes ministerios, gran cantidad de personas a sus propios círculos, pero al final, el Señor ha declarado que esos árboles no habían sido plantados por Su Padre (Mt. 15:13).

Sólo Dios sabe cuántos trabajan en vano durante su vida en los campos del “Ismael” de alguna otra persona, lo triste es que han fortalecido la obra equivocada, la cual, al final, será sólo madera, paja y hojarasca, consumidas por el fuego de Su presencia, en el día del juicio.

A la luz de esta verdad, queridos amigos, asegúrenos de que, por Su gracia, nuestras doctrinas e interrelaciones estén arraigadas en El Shaddai, para que cuando nos presentemos ante Él, nuestras obras sean metales preciosos que soporten la prueba del fuego, y después oír esas benditas y dulces palabras de los labios de nuestro Salvador: “Bien hecho, buen siervo y fiel, entra en el gozo de tu Señor”.

JEHOVÁ

El que existe por Sí Mismo

Este nombre lo encontramos por primera vez en Génesis 2:4: “Estos son los orígenes de los cielos y de la tierra cuando fueron creados, el día que Jehová Dios hizo la tierra y los cielos...”.

Es el segundo nombre para Dios después de Elohim, y es el que con más frecuencia se usa en las Escrituras, apareciendo más de 7,000 veces. “Jehová” es considerado en Israel como el nombre nacional de Dios y es venerado por ellos.

Los rabís de antaño clamaban a “Jehová”, “El nombre”, “El terrible y gran nombre”, “El nombre apartado” y “El nombre impronunciable”. También era conocido como “El nombre de cuatro letras”, porque la transliteración del hebreo se deletrea YHVH, y su pronunciación es “Yahvé” o “Yahweh”.

La definición de “Jehová” es “el que Existe” y se puede entender por la descripción de Jesús, quien es Jehová, en

Apocalipsis 1:4: “Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros, del que es y que era y que ha de venir, y de los siete espíritus que están delante de su trono...”.

“El que es”- el que siempre existe, Su relación con el presente.

“El que era” - el que siempre existió, Su relación con el pasado.

“El que ha de venir” - el que siempre será, Su relación con el futuro.

El nombre “Jehová” está derivado del verbo hebreo havah, “ser” o “existir”. Este es un nombre muy sagrado, aplicado sólo a Dios; nunca se aplica a nadie más y no hay un significado o aplicación secundaria, como ocurre con el nombre “Elohim”.

El origen y significado del nombre “Jehová” aparecen especialmente en relación con Israel. Esta revelación está escrita en Éxodo 3:13-14: “Dijo Moisés a Dios: He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé? Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros”.

Las palabras de estos versículos se podrían parafrasear como “Alguien que es lo que es”. Este nombre revela a Dios como “el Ser que es absolutamente auto existente y que, en sí mismo, posee la vida esencial y la existencia permanente”.

Cuando Jesús fue retado en el huerto de Getsemaní para ver si realmente era o no Jesús de Nazaret, él respondió: “YO SOY... QUE YO SOY”. “Le respondieron: A Jesús nazareno, Jesús les dijo: Yo soy. Y estaba también con ellos Judas, el que le entregaba. Cuando les dijo: Yo soy, retrocedieron, y cayeron a tierra. Volvió, pues, a preguntarles: ¿A quién buscáis? Y ellos dijeron: A Jesús nazareno. Respondió Jesús: Os he dicho que yo soy; pues si me buscáis a mí, dejad ir a estos...” (Juan 18:5-8).

En el versículo 5, Él dice: “YO SOY”, y en el versículo 8 “QUE YO SOY” (“él” no está en el griego original). La multitud cayó al suelo, porque ningún pecador es capaz de permanecer de pie delante de la presencia revelada del nombre de Jehová. Esto lo vemos en el Salmo 1:5: “Por tanto, no se levantarán los malos en el juicio, ni los pecadores en la congregación de los justos”.

“Jehová” es la expresión del ser de Dios. Después de que Moisés rogara para ver la gloria del Señor, Dios manifestó Su ser a Moisés en el Monte Sinaí. Éxodo 34:6 dice: “Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! fuerte (El), misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad...”. Pero esta naturaleza benigna y amorosa también está equilibrada con justicia y equidad; por lo tanto, Jehová continúa declarando en Éxodo 34:7: “que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación”.

De nuevo, al declarar Su carácter en el Salmo 45:7, el salmista habla de Jesús: “Has amado la justicia y aborrecido la maldad; por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros”.

“Jehová” es la expresión del mismo ser de Dios, no hacia las personas, sino hacia sí mismo. También debemos conocerle como Jehová. Él no es solo amor, sino también es verdad y justicia, y debe odiar la maldad y la iniquidad. Donde encontramos iniquidad, hay definitivamente una separación entre Dios y el pecador.

Cuando Moisés preguntó el nombre de Dios, Él respondió: “YO SOY EL QUE SOY”, un título que no sólo expresa Su auto existencia, sino también su inmutabilidad de carácter. “Yo soy lo que soy” es el significado real. Él dice: “Yo soy lo que estoy diciendo que soy”. En él no hay mudanza, ni sombra de variación (Stgo. 1:17).

Él es un Dios de amor, y se nos presenta de esta forma, pero según avanzamos en una revelación más profunda de su carácter y naturaleza, encontramos que Él odia el pecado, y entonces se nos presenta como Jehová. Un ejemplo natural de esto es a través de la relación de un niño recién nacido con sus padres. Al principio, él solo conoce a sus padres como amor, pero después, cuando empieza a tocar las cosas que no debería, los padres lo disciplinan. Esto ejemplifica nuestra relación con Jehová. Él se manifiesta como el Dios de Amor, pero luego tiene que disciplinarnos porque el amor odia cualquier forma de pecado; sin embargo, mucha gente no puede entender este doble aspecto de Jehová. Él es el Dios de amor y

desea que podamos pasar la eternidad con Él en el cielo, pero al mismo tiempo echará a los incrédulos y malvados al infierno, el cual está preparado para el diablo y sus ángeles. La misma naturaleza de Jehová es vida y, por lo tanto, está separada del pecado, el cual lleva a la muerte.

Dios aprecia y quiere calidad y desea que tengamos un alto estándar de excelencia. La Escritura dice que Él es verdad y justicia. Él busca la justicia en Su creación. Este es el rasgo de Su carácter que veremos a través del título “Jehová Tsidkenu”, el Dios Justo.

Desde el inicio, aun en el jardín del Edén, este nombre, “Jehová”, mostraba Su deseo de marcar la diferencia entre el bien y el mal (Gn. 2:16-17). Esta es la primera mención que tenemos de “Jehová”, del cual cada detalle muestra la consistente revelación de este nombre.

En el jardín del Edén, Él puso al hombre bajo la ley, diciendo las dos cosas “Esto harás”, y “Esto no harás”, como está escrito en Génesis 2:16-17: “Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”.

Desde el principio de todo, Dios estableció una diferencia entre el bien y el mal, y espera que nosotros hagamos esta diferencia. Después de crear a Adán, el Señor le dio dominio, con la advertencia de que la desobediencia traería resultados drásticos. Dios le dijo específicamente a Adán que la desobediencia traería juicio, con el resultado final

de la muerte. Por supuesto, sabemos que comieron, primero la mujer y luego el hombre, y que fueron expulsados del jardín del Edén (Gn. 3:17-19).

Sin embargo, nuestro piadoso y misericordioso Señor, incluso en medio del juicio, nunca nos deja sin esperanza. En el juicio hay una promesa de liberación. Ellos habían pecado, y Dios no podía tolerar la iniquidad, y a la vez, en medio de esa desobediencia, encontramos la provisión y esperanza de Jehová en Su juicio sobre la serpiente: “Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (Gn. 3:15).

Sus naturalezas se combinan y complementan. Jehová ofreció vida y perfección a Adán y Eva, igual que lo hace con nosotros, pero al mismo tiempo todos nacemos con un libre albedrío para obedecer o desobedecer, y debemos sufrir los juicios resultantes de la desobediencia. Su deseo es bendecirnos, pero si desobedecemos y encontramos iniquidad en nosotros, Él debe juzgarnos porque es un Dios santo y no puede tolerar el pecado. Sin embargo, a Su creación se le dio la opción de aceptar o rechazar Sus mandamientos. Estos dos aspectos de Su carácter no son contradictorios, sino complementarios, combinándose uno con otro. Este mismo principio se demuestra una y otra vez a través de la Escritura.

Este aspecto de la naturaleza de Dios se vuelve a mostrar en los días de Noé: “Y dijo Jehová: No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años...Y dijo

Jehová: Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos hecho. Pero Noé halló gracia ante los ojos de Jehová” (Gn. 6:3, 7-8). Como consecuencia del juicio que traería sobre la tierra, Dios (Elohim), como la bendita Trinidad, ordenó que se construyera un arca para preservar a Noé y su familia.

Jesús siempre ha sido Jehová. Él se nos revela a Sí mismo en tiempo presente, sin embargo, el Señor escoge el aspecto de Su naturaleza con el que quiere revelarse en ocasiones específicas. A Abraham, Isaac y Jacob se les reveló en su relación de pacto como “Elohim”, el Dios que guarda el pacto (Ex. 6:2-3). Él renovó Su pacto personalmente con cada uno.

Pero no fue sino hasta que Israel salió de Egipto que Dios les dio la Ley por medio de Moisés diciendo: “Y seréis santos, porque yo soy santo” (Lv. 11:44), y en este momento comenzó la plena revelación del significado de Jehová. Adán y Eva habían experimentado esta revelación en el jardín del Edén y Noé la conoció, porque fue testigo del diluvio, pero debemos progresar profundamente en nuestra vida de fe, en nuestra relación de hijos y en nuestra vida de servicio antes de poder entender totalmente la revelación de este nombre: “Jehová”.

Vemos, por la vida y ministerio de los profetas, que el testimonio de Jehová es siempre el mismo. En Isaías 58:1-14, el clamor de Dios era para mostrar a la casa de Jacob (Israel) su pecado. El anhelo del corazón de Jehová era

que Israel se volviera a Él, para así poder guiarlos continuamente y satisfacer su alma en la sequía, haciéndolos como un jardín bien regado.

En Ezequiel 18:1-4 la palabra de Jehová viene al profeta: “He aquí que todas las almas son mías; como el alma del padre, así el alma del hijo es mía; el alma que pecare, esa morirá” (Ez. 18:4). A la vez, vemos el amor de Jehová por su pueblo desobediente en el final de los tiempos en Jeremías 30:18: “Así ha dicho Jehová: He aquí yo hago volver los cautivos de las tiendas de Jacob, y de sus tiendas tendré misericordia, y la ciudad será edificada sobre su colina, y el templo será asentado según su forma”. La misericordia del Señor se ve también en Jeremías 30:24; 31:3,6: “No se calmará el ardor de la ira de Jehová, hasta que haya hecho y cumplido los pensamientos de su corazón; en el fin de los días entenderéis esto... Jehová se manifestó a mí hace ya mucho tiempo, diciendo: Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia... Porque habrá día en que clamarán los guardas en el monte de Efraín: Levantaos, y subamos a Sion, a Jehová nuestro Dios”.

Vemos claramente en Ezequiel 18:4,20 y Ezequiel 33:10-11, 18-20 que no punto neutro o áreas grises con Dios.

En los siguientes versículos de la ley, encontramos por qué Jehová no podía tolerar el pecado: “No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios (Elohim), fuerte (El), celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos” (Ex. 20:5-6).

Dios tiene que tratar con el pecado, pero a la vez declara: “Tendré misericordia...”. A lo largo de toda la historia Jehová se ha mostrado como un Dios amante, y la misericordia es el primer y más ardiente deseo de Dios; sin embargo, si hay pecado, una decisión de transgredir, Él tiene que tratar con la iniquidad, porque la misma esencia de Su naturaleza es santidad.

Leemos en el Salmo 11:5-7: “Jehová prueba al justo; pero al malo y al que ama la violencia, su alma los aborrece. Sobre los malos hará llover calamidades; fuego, azufre y viento abrasador será la porción del cáliz de ellos. Porque Jehová es justo, y ama la justicia; el hombre recto mirará su rostro”. Él muestra lo diametralmente opuestos que son el justo y el malvado.

El nombre “Elohim” conllevaba una relación de pacto, el cual nunca podría ser roto. Sin embargo, “Jehová” muestra a Aquel cuya naturaleza es tanto amor como santidad, y que tiene que juzgar la maldad donde ésta se encuentre, sin importar el costo al Creador o a la criatura. Él es inflexible cuando se trata del juicio, aunque se entristece al infligirlo; Él sufre cuando Sus hijos son desobedientes.

En el libro de Jueces este principio se repite una y otra vez en los terribles ciclos de pecado, rebelión, esclavitud y opresión, liberación y luego vuelta al pecado, comenzando de nuevo todo el proceso. Dios se lamentaba por la miseria de Israel, teniendo siempre que corregirlos y juzgarlos por su pecado, intentando con esto hacerlos volver al camino de la verdad (Jue. 10:6-7, 13-16).

Vemos el corazón de Dios en Oseas 11:8-9: “¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín? ¿Te entregaré yo, Israel? ¿Cómo podré yo hacerte como Adma, o ponerte como a Zeboim? Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión. No ejecutaré el ardor de mi ira, ni volveré para destruir a Efraín; porque Dios soy, y no hombre, el Santo en medio de ti; y no entraré en la ciudad”. Dios no se agrada en ejecutar juicio, en cambio se lamenta por la necesidad de corregir a Su pueblo.

En el Nuevo Testamento, Jesucristo revela verdaderamente a Jehová. Jesús es la plenitud de Dios, el resplandor de Su gloria, y la imagen misma de la persona de Dios (Ef. 1:23; Col. 1:15; Heb. 1:3). Los padecimientos de Cristo y su muerte en la cruz nos muestran que el pecado siempre trae dolor y aflicción a Jehová. El Padre sufrió gran angustia viendo a Su propio Hijo sufrir el juicio por el mundo que Él amaba. También es Jehová quien todavía está llevando nuestros dolores, porque la revelación de Jehová es en tiempo presente y Él sufre con nosotros en todas nuestras aflicciones (Is. 63:9; 53:4). Aunque Él tiene que infligir el juicio, Su corazón no se complace al hacerlo.

En Lucas 19:41 Jesús lloró porque el propio pueblo de Jehová le rechazó. La angustia de Su corazón no fue por lo que tendría que sufrir, sino porque aquellos a los que amaba y quería reunir en Sí mismo, se habían alejado de Él y sufrirían un juicio severo (Mt. 23:37).

El Señor desea una total e inquebrantable comunión con Su pueblo, sin embargo este deseo y la plenitud de la

revelación de Su justicia, no se pueden cumplir hasta que también nosotros seamos hechos justos y limpios de todo pecado. El pecado nos separa de Él porque somos injustos y malvados, y Él es santo. Su propósito y deseo es hacernos santos y justos para que nuestra comunión no se rompa. El Nuevo Pacto de gracia, como se nos presenta en el Nuevo Testamento y basado en la muerte de Jesús, es el pacto de Jehová y fue hecho con nosotros a través de la salvación.

Este pacto, del cual se habla por primera vez en Jeremías 31:31-34 y se repite en Hebreos 8:8-12, está disponible para nosotros ahora en la era de la Iglesia: “He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” (Jer. 31:31-34).

Su justicia no está completa si sólo juzga y condena, porque el diablo puede hacer eso también. La justicia suprema es la capacidad de hacer justo al pecador y, aunque el pecado debe ser juzgado, éste no es el fin del asunto. Nosotros no tenemos justicia propia, sino que es

impartida como claramente vemos en Romanos 7:18-20 y 8:2-4. Por lo tanto, el propósito de Dios es obrar Su justicia en nosotros, para que Su vida verdaderamente pueda fluir a través de nosotros.

Dios es el mismo Dios, ya sea visto como Jehová o como Elohim, pero Elohim sólo nos muestra un aspecto de Él, y debemos conocerlo también como Jehová, si queremos conocernos a nosotros mismo o conocer cuánto le cuesta al Bendito Dios hacernos “participes de Su santidad” (Heb. 12:10).

ADONAI

El Señor Nuestro

Gobernador o Señor

“Adonai” significa “amo, señor o dueño”, y es el plural de la palabra hebrea “Adon”. Cuando se refiere a Dios siempre tiene un significado plural, “mis Señores”; así pues, al igual que “Elohim”, este nombre representa la Santa Trinidad.

Sin embargo, cuando la palabra se usa para referirse a los hombres se traduce como “señor”, “caballero”, o “amo”, aunque la mayoría de las veces es “señor”. Esto queda muy bien ilustrado en Génesis 24 cuando Eliezer, el siervo de Abraham, habla de “mi señor Abraham”.

La forma que Eliezer usa es la forma singular de “Adon”; mientras que, al dirigirse a Dios, Abraham usa la forma plural, “Adonai”. Vemos en el nombre

“Adonai” la verdad de la belleza del carácter de Dios, cuando Abraham le llama afectivamente “Señor”.

Encontramos la primera mención de este nombre en Génesis 15:1-2: “Después de estas cosas vino la palabra de Jehová a Abram en visión, diciendo: No temas, Abram; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande. Y respondió Abram: Señor Jehová (Adonai Jehová), ¿qué me darás, siendo así que ando sin hijo, y el mayordomo de mi casa es ese damasceno Eliezer?”

Abraham estaba reconociendo a Dios como su Señor, y se ve claramente por el contexto, que Abraham estaba mirando a Dios de esta manera, ya que Abraham se refiere a Eliezer, el cual había declarado igualmente que Abraham era su señor*. Volvemos a encontrar esto en Génesis 24:27: “y dijo: Bendito sea Jehová, Dios de mi amo Abraham, que no apartó de mi amo su misericordia y su verdad, guiándome Jehová en el camino a casa de los hermanos de mi amo”.^{N.T}

Con toda certeza Abraham entendió lo que significaba esta relación, quizá mejor de lo que nosotros lo entendemos hoy, porque en aquellos días se practicaba la esclavitud. El señorío significaba una completa posesión por parte del amo y una completa sumisión por parte del siervo. Al dirigirse a Dios como “Adonai”, reconocía la completa posesión de Dios y Su perfecto derecho sobre todo lo que él era y tenía. Para nosotros, este nombre, cuando es usado para Dios, implica propiedad y señorío.

Había una diferencia en Israel entre los que habían sido comprados y, por lo tanto, se habían convertido en

^{N.T} Señor y amo tienen el mismo significado.

propiedad de un dueño, y alguien que simplemente era contratado por sus servicios. El esclavo comprado tenía una relación mucho más cercana que el siervo contratado. El jornalero era libre para entrar y salir cuando quisiera. En Israel, el jornalero, que era extranjero, no podía participar de la Pascua ni de las cosas santas de la casa de su amo, pero al esclavo comprado, quien pertenecía a su señor y era un miembro más de la familia, teniendo este privilegio (Ex. 12:43-45; Lv. 22:10-11).

Hay provisión en la ley por medio de la cual el siervo que amaba a su amo podía permanecer con él para siempre, como leemos a continuación: “Entonces su amo lo llevará ante los jueces, y le hará estar junto a la puerta o al poste; y su amo le horadará la oreja con lesna, y será su siervo para siempre” (Ex. 21:6).

Perforar la oreja del siervo indicaba que éste escogía obedecer a su señor plenamente y en amor. Según apreciemos la belleza y amabilidad de nuestro Jehová, éste también se convertirá en nuestro deseo.

Volviendo al tema de la distinción entre un esclavo comprado y un siervo contratado, nos damos cuenta de que para nosotros la pregunta es la siguiente: “¿Estoy yo honrando, obedeciendo y amando a Dios como mi Adonai?” Hudson Taylor era apto para decir: “Si Él no es Señor de todo, no es Señor”. El Señor mismo pronunció un severo juicio sobre los que lo llamaron “Señor, Señor”, pero nunca reconocieron Su señorío en sus vidas (Mt. 7:20-23). “Adonai” expresa una relación personal, implicando derechos de señorío y

posesión. Así pues, si hemos sido redimidos por la sangre, no nos pertenecemos (1 Cor. 6:19-20).

Debemos darnos cuenta de que esta relación de siervo y señor existe entre nosotros y el Señor. El Salmo 123:2 habla de esto de una forma muy bonita: “He aquí, como los ojos de los siervos miran a la mano de sus señores, y como los ojos de la sierva a la mano de su señora, así nuestros ojos miran a Jehová nuestro Dios, hasta que tenga misericordia de nosotros”.

Hoy, en el mundo, la palabra “siervo” no es algo con lo que la gente quiera identificarse. En nuestra sociedad que busca posiciones sociales cada vez más altas, la gente tiene motivaciones egoístas. Esta es una de las grandes diferencias entre el mundo y la Iglesia. El mundo reclama sus derechos (civiles, de las mujeres, de los homosexuales, etc.), y lo hace todo según su propia voluntad. El Salmo 12:4 dice: “A los que han dicho: Por nuestra lengua prevaleceremos; nuestros labios son nuestros; ¿quién es señor de nosotros?”. Esto está en claro contraste con los santos de Dios. Nuestro clamor debe ser el del Señor Jesucristo en Juan 4:34: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra”. El Dios Todopoderoso, el Eterno, el Altísimo, nos ha comprado con el sacrificio de Su propio Hijo. ¿Por qué? Para cumplir Su propósito en Su Reino, del cual nosotros somos siervos. ¿Acaso no es el sello de un gran siervo, la obediencia a la voluntad de su señor?

En Filipenses 2:7-8 tenemos una figura del Señor como un siervo cuando vino a la tierra. “Sino que se despojo a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los

hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”. Nuestro Señor bajó los escalones y esto nos muestra la verdad de esta relación entre señor y siervo. Al enseñarle a Sus discípulos, les dio muchas parábolas sobre servidumbre. En Lucas 22:24-30 encontramos ejemplos de esto (especialmente los versículos 26-27), donde se pregunta: “¿Quién es el mayor?”. También, Mateo 20:26-28; 25:19-23 habla de esto, con una frase clave: “Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y arregló cuentas con ellos”, indicando así que nuestra relación con Cristo es la de un siervo con su Señor.

Debemos entender que se nos ha dado una gran responsabilidad; ¿qué estamos haciendo con lo que el Señor nos ha entregado? Especialmente en el ministerio, porque se nos encargan personas. Hasta cierto punto, si estamos en una posición de autoridad, somos los “Adon” de otros. Seamos como Abraham, quien fue amado por sus siervos. ¿Por qué fue tan amado? Porque era “amigo de Dios”. (Stgo. 2:23), y parecemos a aquellos con quienes caminamos, tomamos la naturaleza de ellos. De la misma forma, tenemos el hermoso ejemplo de Booz, porque cuando llegó donde estaban sus siervos, les saludó con la frase: “Jehová sea con vosotros. Y ellos respondieron: Jehová te bendiga” (Rut 2:4). ¡Qué maravilloso ejemplo de una relación de un “Adon” con sus siervos! Que nosotros también, con nuestro ejemplo, hagamos que otros deseen ser los siervos de Jesús para que también ellos puedan llamar a su Dios, Adonai. Cuando obedezcamos y nos relacionemos correctamente con nuestro Señor, tendremos un tremendo gozo.

Los nombres compuestos de JEHOVÁ

Hay muchas derivaciones y nombres compuestos asociados con Jehová, algunos de los cuales trataremos en esta sección. Ahora, por Su gracia, intentaremos apreciar los siguientes.

Jehová Gmolah	El Señor de Retribuciones.
Jehová Hoseenu	El Señor nuestro Hacedor.
Jehová Jireh	El Señor nuestro Proveedor.
Jehová M'Kaddesh	El Señor que Santifica.
Jehová Makkeh	El Señor Herirá.
Jehová Nissi	El Señor nuestra Bandera.
Jehová Rohi	El Señor mi Pastor.
Jehová Rafá	El Señor nuestro Sanador.
Jehová Sabaoth	El Señor de los Ejércitos.
Jehová Shalom	El Señor nuestra Paz.
Jehová Shammah	El Señor está ahí.
Jehová Tsidkenu	El Señor nuestra Justicia.

JEHOVÁ GMOLAH

El Señor de Retribuciones

Este título de Dios se encuentra en Jeremías 51:56, donde es llamado “Jehová, Dios de retribuciones”. El contexto de este pasaje se refiere a la destrucción de Jerusalén por el ejército de Babilonia, y aquí el profeta Jeremías está declarando: “Por los muertos de Israel caerá Babilonia, como por Babilonia cayeron los muertos de toda la tierra” (Jer. 51:49). Así como ellos afligieron a Israel, eso mismo les será hecho a ellos. Este es un principio que fluye a través de todas las Escrituras con pasajes similares y declaraciones como la de Deuteronomio 32:35: “Mía es la venganza y la retribución; a su tiempo su pie resbalará, porque el día de su aflicción está cercano, y lo que les está preparado se apresura”. Esto también alude a la invasión babilónica que se había profetizado por medio de Moisés incluso antes de que Israel entrara en la tierra prometida.

Antes de continuar estudiando este nombre, hay un principio muy importante que no deberíamos pasar por

alto. Los babilonios fueron levantados por Dios e incluso Nabucodonosor, su rey, fue llamado siervo de Dios (Jeremías 25:9); sin embargo, aunque ellos estaban cumpliendo la voluntad de Dios al destruir Jerusalén, iban a ser juzgados por este hecho. El Señor no juzgó a la generación que cometió estas atrocidades sino a una generación posterior. Así pues, uno puede sufrir la venganza de Dios por los pecados de generaciones anteriores y esto lo confirmó el Señor cuando dijo en Lucas 11:49-51: “Por eso la sabiduría de Dios también dijo: Les enviaré profetas y apóstoles; y de ellos, a unos matarán y a otros perseguirán, para que se demande de esta generación la sangre de todos los profetas que se ha derramado desde la fundación del mundo, desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, que murió entre el altar y el templo; sí, os digo que será demandada de esta generación”. La generación de Cristo cometió el mayor pecado de todos al crucificar al Hijo de Dios; por tanto, esa misma generación sufriría las justas recompensas de un Dios Justo, no sólo por la atrocidad de crucificar al Mesías, sino por matar a los profetas de generaciones pasadas.

Hay otros ejemplos en los que generaciones posteriores tuvieron que sufrir las retribuciones por la maldad de sus antepasados. Este es el caso que leemos en 2 Samuel 21:1: “Hubo hambre en los días de David por tres años consecutivos. Y David consultó a Jehová, y Jehová le dijo: Es por causa de Saúl, y por aquella casa de sangre, por cuanto mató a los gabaonitas”. Este pecado de Saúl había ocurrido hacía más de veinte años. Este es un principio que Dios usa para probar el corazón de los hombres, como leemos en Eclesiastés 8:11: “Por cuanto no se ejecuta luego

sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer el mal”. El Señor demora el juicio del malo para darle la oportunidad de arrepentirse y volverse a Dios o para que decida en su corazón continuar haciendo el mal.

Hay unas cuantas lecciones que tenemos que aprender y apreciar de este nombre de Dios en particular.

1. Él es el Dios de las retribuciones; por lo tanto, vamos a cosechar lo que sembramos. El apóstol Pablo dice: “Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: EL Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (Heb. 10:30-31). Con respecto a los que nos han hecho mal, tenemos que recordar que Pablo advierte en Romanos 12:19-21: “No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal”.

2. En general, Dios no se apresura a hacer juicio porque Él es paciente y no quiere que nadie perezca. Por tanto, tenemos que aprender a sufrir pacientemente las injusticias, esperando el día de la retribución del Señor, cuando Él nos libere y trate con los que equivocadamente nos han oprimido.

3. Las retribuciones del Señor vienen a veces sobre los hijos de los ofensores y nosotros hemos conocido

personalmente muchos casos en los que el Señor ha causado la muerte de los hijos de quienes habían hecho lo malo. Yo he conocido a varios pastores que han sido infieles con sus esposas y sus hijos, a los que tanto amaban, han muerto en accidentes.

Amados, los engranajes de Dios giran lentamente pero seguros. Temamos reverentemente y al mismo tiempo adoremos siempre a nuestro Jehová Gmolah.

4. Viendo el lado positivo de este aspecto del nombre de Dios, “El Dios de Retribuciones”, podemos decir que los justos nunca olvidados. Hay muchos ejemplos de esto en la Escritura y a continuación enumeramos algunos:

Sara, que era estéril, tuvo que sufrir las burlas de Agar, quien había dado a luz a Ismael para su marido Abraham. Sin embargo, Dios recompensó a Sara con Isaac, quien recibió las promesas de Dios, mientras que Ismael fue expulsado de la tierra prometida.

Ana, quien también era estéril, tuvo que sufrir los crueles tormentos de Penina, la otra mujer de su marido; esta mujer había concebido muchos hijos. Sin embargo, después de muchos años de sufrimientos, Dios le dio un hijo a Ana, Samuel, quien llegó a ser el gran profeta de Israel.

Isaac, que había sido expulsado por los filisteos y otros enemigos de los pozos de Abraham, pozos que él había vuelto a cavar, eventualmente recibió un pozo que llegó a ser la ciudad de Beerseba y permanecen hasta hoy.

David, quien fue perseguido por Saúl, cuando tuvo la oportunidad de matar a su enemigo, temió tomarse la justicia por su mano, y finalmente fue recompensado cuando Saúl fue muerto a manos de los filisteos, entonces David tomó su lugar como rey.

Mardoqueo, el tío de Ester, tenía un enemigo llamado Amán, el cual construyó una horca en la que se proponía colgar a este hombre justo. Dios, sin embargo, revirtió la situación y, por orden del rey Amán fue colgado en la misma horca que había preparado para Mardoqueo. Mardoqueo después tomó la posición privilegiada que tenía Amán, como mano derecha del mismo rey.

Amados, que podamos animar nuestra alma como lo hizo el rey David en el Salmo 43:5: “¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío”. Nuestro Dios es Jehová Gmolah, el cual trata con el malvado que nos persigue y recompensa a los justos cuando ponemos toda nuestra confianza en Él.

JEHOVÁ HOSEENU

El Señor nuestro Hacedor

Este título de Dios, “El Señor nuestro hacedor”, se encuentra en el Salmo 95:6 y expresa el pensamiento de que Él está en el proceso de hacernos y moldearnos como Sus vasos. Por lo tanto, deberíamos, como dice el salmista, adorar, postrarnos e inclinarnos ante el Señor nuestro Hacedor. Con un corazón contrito y un espíritu quebrantado, necesitamos pedir a Dios que nos moldee conforme a Su imagen.

Tenemos que darnos cuenta de que somos la obra de Sus manos y hemos de ser dóciles en ellas para que no echemos a perder Su obra en nuestra vida. Si por medio de la desobediencia, dureza de corazón o pura obstinación, nos convertimos en vasos de barro que se estropean en las manos del Alfarero, acordémonos de Jeremías 18:4: “Y la vasija de barro que él hacía se echó a perder en su mano; y volvió y la hizo otra vasija, según le pareció mejor hacerla”.

Recordemos que Él es nuestro Hacedor, y que puede hacer algo hermoso con nuestra vida aun cuando nos hayamos resistido en el pasado. El rey David también desarrolla este pensamiento en el Salmo 139:14-16: “Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras; estoy maravillado, y mi alma lo sabe muy bien. No fue encubierto de ti mi cuerpo, bien que en oculto fui formado, y entretejido en lo más profundo de la tierra. Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas”

Volvamos al tema: el Señor nuestro Hacedor. Esto se convirtió en una realidad en mi propia vida cuando Él se me apareció como Sabiduría. Jesús explicó que tenía un reino que atender y que para hacerlo, necesitaba hombres y mujeres que llevaran a cabo ciertas tareas. Entonces vi, como en una visión, el mundo con hombres y mujeres llevando a cabo todo tipo de tareas diferentes: unos barriendo las calles, otros conduciendo autobuses, mientras que otros eran maestros, científicos o administradores. El Señor enfatizaba que en Su reino todos estarían satisfechos con el trabajo para el cual Él los había creado. También Jesús decía que Él no había creado a todos los hombres iguales.

Algunas semanas después, estando en Nueva Zelanda con unos amigos muy queridos, me invitaron a visitar la guardería que dirigían y me enseñaron las diferentes habitaciones. En una habitación, una señora estaba meciendo a un bebé en sus brazos; en otra habitación, dos muchachas estaban intentando alegremente controlar a un grupo de niños de dos o tres años, y en todos los grupos

de cualquier edad que yo veía, me di cuenta de que sus supervisores estaban felices. Sin embargo, cuando salí, el Señor me preguntó cómo me sentía, y le respondí que estaba contento de irme de allí. “Sí” –dijo Él– “porque yo no te creé para trabajar con niños pequeños”.

Después, mientras estaba ministrando en las Filipinas, una mañana me desperté temprano y vi allí al Señor rodeado de ángeles. Los que estaban más cerca de Él eran los ángeles más pequeños, los cuales cuidaban de los niños. Había una progresión en la que los ángeles que estaban más lejos del Señor se iban haciendo más grandes y más majestuosos, y entendí que sus responsabilidades eran mayores. Algunos tenían a su cargo pueblos, ciudades, naciones y continentes.

Después el Señor dijo: “Si a un ángel que fue creado para cuidar de una ciudad le dijera que cuidara de un niño, no se sentiría satisfecho. De igual manera, un ángel que hubiera sido creado para cuidar de un bebé se sentiría inadecuado para cuidar de una ciudad. Cada ángel fluye perfectamente y disfruta de la posición para la cual ha sido creado”.

De igual forma, antes de la fundación del mundo, Él nos conocía y en su libro escribió Sus propósitos para nuestra vida. Para Pablo fue el ser un apóstol predicador, pero también ser un modelo de sufrimiento para la Iglesia. Moisés fue creado para ser un líder, un legislador, un profeta y el más manso de todos los hombres. Salomón fue creado para describir a Cristo como la Sabiduría y el Señor dijo de él: “Te he dado un corazón sabio y entendido,

de tal forma que no ha habido nadie como tú antes de ti ni lo habrá después de ti”. Su reino fue un tiempo de paz. David, su padre, sin embargo, fue un profeta, sacerdote y rey que representó a Cristo como el guerrero que venció a sus enemigos.

Es muy importante preguntarle a Jehová Hoseenu cuál es Su propósito para nuestra vida, y entonces, de la mano del Señor, podremos caminar por los senderos de la vida y al final permanecer de pie, habiendo cumplido todo, sin nada más que desear. Habremos cumplido Sus planes y representado ese aspecto de Su carácter que Él escribió en Su libro para que nosotros lo manifestáramos.

JEHOVÁ JIREH

El Señor nuestro Proveedor

Este título, “Jehová Jireh”, se lo dio Abraham a Dios y significa “El Señor nuestro proveedor”, “El que literalmente ve nuestras necesidades y provee para ellas”. Examinemos las circunstancias en las que aparece el nombre por primera vez.

En Génesis 22, el Señor probó a Abraham en relación a su consagración a la voluntad de Dios, mandándole a ofrecer a Isaac, su único hijo, por medio del cual serían cumplidas todas las promesas de Dios. Abraham no lo dudó, sino que levantándose temprano, tomó a sus siervos y a su hijo, y se fueron rumbo al Monte Moriah. Cuando Isaac le preguntó por el cordero del sacrificio, Abraham le respondió en fe, diciendo que Dios, sin duda alguna, se proveería un cordero para el sacrificio. Al ser mandado por un ángel de Dios que detuviera su mano y no matara a Isaac, Abraham levantó sus ojos y vio un cordero

atrapado por los cuernos en un matorral. Allí mismo, Abraham llamó a aquel lugar “Jehová Jireh”, “El Señor proveerá en este Monte Moriah”. “Moriah” significa “Visto por Jah”, y se refiere a que sobre este monte Dios proveyó el Cordero de Dios por los pecados del mundo. El Monte Moriah, o la tierra de Moriah (Gn. 22:2) es también un monte templo, donde se ofrecieron los sacrificios al Señor durante generaciones. Cristo cumplió todos estos sacrificios del Antiguo Testamento cuando se ofreció a Sí mismo en la cruz como el Cordero de Dios sin mancha.

Este nombre, “Jehová Jireh”, “El Señor nuestro Proveedor”, se aplica a todas las circunstancias de nuestra vida. El Señor Jesús, en Su sermón del monte, habló de la provisión de Dios para nuestra vida en la esfera de las necesidades humanas, tales como comida, bebida y vestido. “Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?... Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”. Aunque hay otras provisiones que podemos necesitar en esta generación moderna, cualquiera que sea esa necesidad, todavía tenemos vigente esta promesa dada por el apóstol Pablo en Filipenses 4:19: “Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús”.

Hay una lección de este episodio en la vida de Abraham en la que deberíamos meditar. El Señor no proveyó hasta que

Abraham llegó al final de sus propios límites humanos. Abraham no podía proveer el cordero, solo Dios podía y lo hizo solo después de que Abraham había sido probado, si se puede decir así, hasta el límite. De igual forma, hay pruebas por las que Dios nos hace pasar para ver si realmente confiamos o no en Él como nuestro proveedor. Yo he visto muchos ejemplos de esto a lo largo de mi vida.

Recientemente, en Nueva Zelanda, dos buenos pastores tenían que vender sus casas para mudarse a lugares que eran más accesibles a sus iglesias. En ambos casos fueron probados hasta el límite, pero ellos confiaron en que el Señor les proveería. Por esa fe, los dos obtuvieron no sólo residencias en los lugares adecuados, sino también casas que eran mucho mejores que las que tenían antes. Y aún más, Dios proveyó de fuentes inesperadas el dinero extra que necesitaban para sus nuevas viviendas.

Yo mismo necesitaba un auto, ya que el que tenía estaba en las últimas, y el Señor me dijo que debía esperar y que no buscara ninguno. Admito que fui probado al máximo, pero después de muchos meses me dieron uno que era mucho mejor que el que yo hubiera podido comprar.

Hay muchos testimonios con relación a la provisión de Dios para el lugar de reuniones o edificios para iglesias en las que Su pueblo adora al benevolente Creador. Recientemente, me di cuenta de que algunos pastores habían sido desafiados por Dios a construir o agrandar sus propiedades. En cada caso, a base de confiar en el Señor, habían podido construir sin préstamos. Cuando llegaron las facturas, ya tenían el dinero y no tuvieron que

pedir prestado. Sin embargo, he visto a muchos que construyeron por su propia presuntuosidad, sin ser dirigidos por el Señor para hacerlo y no recibieron las promesas específicas, hundiéndose en deudas y desesperación.

Para ilustrar que el Señor ve y oye incluso nuestra más pequeña necesidad, nos gustaría incluir los siguientes testimonios:

Una joven de 10 años de edad, en nuestra iglesia, estaba asistiendo a una escuela cristiana donde se le requería que vistiera uniforme, el cual incluía una falda cuyo largo tenía que ser por debajo de la rodilla. Sin embargo, como sucede con los niños, esta niña dio un estirón con el resultado de que ahora su falda le quedaba por encima de la rodilla. Su madre le bajó el dobladillo, pero aun así todavía no le llegaba por debajo de la rodilla, y además quedó una arruga permanente donde había estado el doblez anterior. Los padres no tenían dinero para comprarle una falda nueva, así que la madre y la hija oraron y le expusieron el problema al Señor. A la mañana siguiente, la joven salió de su habitación para saludar a su madre, que estaba preparando el desayuno. “¡Mira, mamá, lo que ha hecho Jesús!” —exclamó ella. Ahí mismo, la madre, sorprendida, miró la falda que vestía su hija. Había sido alargada y la marca del doblez había desaparecido. Jesús oyó, vio y proveyó para la jovencita.

Me encontraba en Francia hospedado por una familia de escasos recursos. La esposa se dio cuenta que no tenía suficiente guisado para la comida. Ella oró y entonces comprobó que la olla en la que había cocinado el guisado

no se vaciaba, así que tanto ella, como su marido, sus seis hijos y yo comimos hasta que todos quedamos satisfechos.

Un misionero en Suiza estaba contando esta experiencia. En cierta ocasión le pidió dinero al Señor y Él lo cuestionó: “¿Para qué quieres el dinero?”. El misionero le respondió que lo quería para comprarse unos zapatos. El Señor le dijo: “¿Entonces por qué no me pides un par de zapatos?”. Así que el misionero cambió su petición y dijo: “Señor, por favor dame un par de zapatos”. Al día siguiente, alguien le trajo una caja que contenía un par de zapatos nuevos de mejor calidad que los que él se hubiera podido comprar con el dinero que le había pedido. La persona que se los llevó simplemente dijo: “Me los compré y no me quedan bien, ¿te sirven a ti?”. Eran justo de su talla. El Señor es nuestro proveedor.

Amados, el nombre de Dios, “Jehová Jireh”, fue revelado por medio de la obediencia de Abraham al mandato directo de Dios. Sólo llegaremos a conocer Su provisión cuando caminemos humildemente en obediencia a Su Palabra y si nosotros, como Moisés, “hacemos todas las cosas conforme al modelo mostrado en el monte (Su presencia)” (Heb. 8:5). Intentar hacer lo que Dios ha ordenado hacer a otra persona es presunción y Dios no tiene obligación de proveer. Sin embargo, que en cualquier cosa que Él nos mande hacer, podamos decir con Pablo en 1 Tesalonicenses 5:24: “Fiel es el que os llama, el cual también lo hará”.

En las dificultades de la vida: “Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es

el que prometió” (Heb. 10:23). Él es capaz de hacer mucho más abundantemente de lo que podemos pedir o pensar. ¡Alaben el maravilloso nombre de nuestro Jehová Jireh, el Señor nuestro Proveedor!

JEHOVÁ M'KADDESH

El Señor que Santifica

El versículo que presenta al Señor nuestro santificador es Éxodo 31:13, donde Dios le dice a Moisés: “Tú hablarás a los hijos de Israel, diciendo: En verdad vosotros guardaréis mis días de reposo; porque es señal entre mi y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico (Jehová M’Kaddesh)”.

Dios usa aquí su nombre, “Jehová M’Kaddesh”, queriendo decir que el Dios Santo desea que nosotros también seamos santos, como Él es santo. Dios mismo no puede hacerse santo, porque sólo Él es santo. Esto queda enfatizado en Levítico 21:8: “Santo será... porque santo soy yo Jehová que os santifico”. La verdad de este versículo y su aplicación es manifiesta en 1 P. 1:15-16: “sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo”.

La esencia misma de Su ser está expresada en Isaías 6:3, hablando de las criaturas vivientes alrededor del trono de Dios: “Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria”.

El Señor repite esta verdad muchas veces para mostrarnos lo esencial que es para nuestra propia vida y nuestra caminata espiritual: “Santificaos, pues, y sed santos, porque yo Jehová soy vuestro Dios (Jehová Elohim). Y guardad mis estatutos, y ponedlos por obra. Yo Jehová que os santifico (Jehová M’Kaddesh)” (Lv. 20:7-8).

La verdad concerniente a la santificación es que se puede usar para “apuntar, dedicar o separar”, debido a que la palabra hebrea “qadash” es traducida así frecuentemente, como leemos en Isaías 13:3: “Yo mandé a mis santificados, asimismo llamé a mis valientes para mi ira, a los que se alegran con mi gloria” (versión RV 1909)

Los santificados que aquí se mencionan son realmente los medos, quienes desde ningún punto de vista eran santos. Sin embargo, fueron separados con el propósito, de acuerdo a la voluntad de Dios, de destruir Babilonia, la cual tenía que ser castigada por haber destruido Jerusalén. De igual forma, los de Gog serán usados por Dios para salir contra Israel en los últimos días, aunque ellos tampoco sean santos.

Ezequiel 38:16 dice: “y subirás contra mi pueblo Israel como nublado para cubrir la tierra; será al cabo de los días; y te traeré sobre mi tierra, para que las naciones me conozcan, cuando sea santificado en ti, oh Gog, delante de sus ojos”.

Sin embargo, cuando el Señor une su nombre “Jehová” con “M'Kaddesh” y habla de Su pueblo, significa que los está separando u ordenando que se separen y sean santos para Sus propósitos. Así vemos que Él les manda en Levítico 20:8: “Y guardad mis estatutos, y ponedlos por obra. Yo Jehová que os santifico”.

Resumiendo estos hechos, podemos decir que el Señor nos santifica cuando guardamos Su día de reposo, el cual, para nosotros como cristianos, tiene una connotación espiritual de entrar en el reposo de Dios, donde cesamos de nuestras obras para que el Señor pueda ser todo en todo para nosotros (He. 4:10). Y aún más, Él nos santifica cuando guardamos Sus estatutos, que para los cristianos es tener Sus leyes escritas sobre las tablas de carne de nuestro corazón (He. 8:10). Así pues, queridos hermanos, experimentemos al Señor nuestro Santificador entrando en Su reposo y teniendo Sus leyes escritas en las tablas de carne de nuestro corazón.

Para concluir el estudio de este nombre, podemos decir que nosotros también, muchas veces en nuestra propia vida, somos santificados o apartados por Dios para Sus propósitos. Estamos conscientes de que Su mano está sobre nosotros para una tarea específica. Algunos cristianos son llamados a ser líderes de alabanza, teniendo así que dedicar tu tiempo y energía a este fin para cumplir su llamado. Quizá algunos santos son llamados a ser enfermeros(as) y, por lo tanto, deben invertir su tiempo estudiando para ser personas tiernas, amables, que se preocupan de llevar sanidad y ánimo al enfermo. En este asunto de la santificación la clave está en la oración, por

medio de la cual conocemos los planes y propósitos de Dios para un momento determinado de nuestra vida, para desarrollar cierta tarea o para ir a cierto lugar. Cuando fluimos en la voluntad de Dios, calificamos para tareas mayores en el Reino. Cristo mismo dijo en Su oración al Padre como Sumo Sacerdote en la última noche antes de ser entregado: “Santifícalos (a los discípulos) en tu verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad” (Juan 17:17-19).

Él se estaba apartando a sí mismo para ir a la cruz para que Sus discípulos pudieran ser santificados por Su sacrificio, y así poder cumplir los planes de Dios para sus vidas. Esto queda ilustrado en los comentarios de Pablo en 1 Corintios 6:19: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?”.

Así pues, como el Templo e incluso los muebles estaban ungidos para ser santificados y apartados para los propósitos de Dios, igualmente nosotros, como Su templo vivo, debemos ser totalmente santificados.

Tenemos que tomar en serio las tareas que el Señor nos ha asignado para realizar. Como Pablo dice de los soldados, ellos no se pueden enredar en las cosas de este mundo, para poder así agradarlo a Él quien los llamó. Por lo tanto, cuando nos damos cuenta que Dios nos está pidiendo que llevemos a cabo algún ministerio para Él, deberíamos asegurarnos estar apartados de otras cosas que

nos puedan estorbar. Pablo, usando otra analogía, asemeja nuestra caminata de fe a una carrera en la que los cristianos deberíamos despojarnos de todo peso y del pecado que tan fácilmente viene sobre nosotros.

En el verdadero sentido de su significado, debemos separarnos, santificarnos y enfocarnos en la tarea que Él nos ha dado, para que no seamos estorbados o desviados de la obra que Él nos ha confiado. Las frivolidades e incluso las buenas cosas deben ser podadas de nosotros, para que demos en el ministerio no sólo fruto, sino más fruto y después mucho más fruto.

JEHOVÁ MAKKEH

El Señor Castigará

Este aspecto de la naturaleza de Dios revelada a través de Su nombre “Yo soy el Señor que te castigo”, lo encontramos en Ezequiel 7:9: “Y mi ojo no perdonará, ni tendré misericordia; según tus caminos pondré sobre ti, y en medio de ti estarán tus abominaciones; y sabréis que yo Jehová soy el que castiga”.

El contexto en el que este nombre se revela, declara el gran desagrado de Dios por las abominaciones de Su pueblo Israel. Debido a sus iniquidades, el Señor, en Su capacidad de “el Castigador” determinó castigar al pueblo y a la tierra (Ez. 7:2-8). En realidad fue un acto de amor: “Porque el Señor al que ama disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo...Y aquellos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad” (He. 12:6, 10).

Las otras naciones paganas alrededor de Israel no fueron corregidas por el Señor porque no eran Sus hijos como lo era Israel, Su primogénito. Para nosotros es un privilegio el ser castigados por el Señor para corrección, como nos dice Pablo: “Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos” (He. 12:8).

En mi vida he visto a muchas personas, incluso cristianos, que no fueron corregidos por Dios, sino que les dejó caminar en sus propios caminos. ¿Por qué? Porque eran bastardos y no hijos. Tomemos nota de esta advertencia de Pablo en Hebreos 12:11-14: “Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados. Por lo cual, levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas; y haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado. Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor”.

Recuerde las palabras proféticas de Jeremías hablando de Cristo: “Yo soy el hombre que ha visto aflicción bajo el látigo de su enojo. Me guió y me llevó en tinieblas, y no en luz... Antes si aflige, también se compadece según la multitud de sus misericordias; porque no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres” (Lm. 3:1-2, 32-33).

Durante los tiempos de aflicción pidámosle gracia al Señor para poder soportar Sus tratos, y al hacerlo: “Escudriñemos nuestros caminos, y busquemos, y volvámonos a Jehová”

(Lm. 3:40). Porque incluso como leemos en Oseas 6:1, 3: “Venid y volvamos a Jehová; porque él arrebató, y nos curará; hirió, y nos vendará...Y conoceremos, y proseguiremos en conocer a Jehová; como el alba está dispuesta su salida, y vendrá a nosotros como la lluvia, como la lluvia tardía y temprana a la tierra”. Los que estamos dispuestos a sufrir el castigo estaremos, sin duda, entre los usados por Él en el avivamiento durante la lluvia tardía.

Cuando Él venga a nosotros o a nuestro prójimo como Jehová Makkeh y estemos sobrellevando la corrección, ayudémonos unos a otros a levantar las manos caídas y a fortalecer las rodillas endebles, enderezando las sendas de nuestros pies y no permitiendo que ningún hombre o mujer se aparte de la gracia de Dios durante esos tiempos. Y que, por medio de este castigo, seamos mejorados y no amargados. Amémosle cuando venga a nosotros como “Jehová Makkeh”, “el Señor que nos castiga”.

Algunos quizá tengan dificultad con este aspecto del carácter de Dios revelado en este nombre. Si considerásemos que somos Sus hijos, entonces ¿cómo tratamos a nuestros propios hijos? Si pasamos tiempo como buenos padres y diligentemente los corregimos cuando se desvían o son desobedientes, entonces tendremos hijos afables y obedientes. Otros disfrutarán de su presencia y nosotros recibiremos cumplidos. Consideremos las palabras del sabio Salomón cuando dice en Proverbios 13:24: “El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige”. Salomón advierte que no tenemos que dejar a un hijo sin corrección, porque, si lo hacemos, libramos su alma del

infierno (Proverbios 23:14). La vara y la corrección dan sabiduría, pero un niño consentido avergonzará a su madre (Proverbios 29:15).

Ciertamente, esto fue adecuadamente ilustrado en la familia de David. Adonías, su hijo mayor, nunca fue reprendido ni corregido por David y se rebeló contra su padre, mientras que Salomón, que fue entrenado cuidadosamente por David y Betsabé, heredó el trono, sabiduría y gran riqueza. Tenemos la promesa en Proverbios 22:6 de que si instruimos al niño en el camino en el que debe estar, aun cuando sea viejo no se apartará de los caminos de la justicia.

Viendo el nombre de Dios, Jehová Makkeh, desde el punto de vista de un padre, podemos ver que Él castiga para redimir a sus hijos del infierno.

JEHOVÁ NISSI

El Señor nuestro Estandarte

Este título, “El Señor nuestro estandarte”, fue revelado por Moisés en Éxodo 17:15-16: “Y Moisés edificó un altar, y llamó su nombre Jehová-Nissi; y dijo: Por cuanto la mano sobre el trono de Jehová, Jehová tendrá guerra con Amalec de generación en generación” (versión RV 1909)

Los estandartes eran pequeñas banderas atadas a lanzas o astas y puestas en alto como emblema del ejército o del comandante al que pertenecían. Eran puntos de encuentro en tiempos de guerra y el portador del estandarte representaba el punto fuerte del ejército. Nuestro punto de encuentro es Jehová-Nissi - el Señor nuestro Estandarte.

El contexto de este evento fue la batalla que tuvo lugar entre Amalec, el nieto de Esaú (Gn. 36:9-12), e Israel. Amalec esencialmente representaba la inmoralidad y las obras de la carne, como está escrito en Hebreos 12:16: “no sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú,

que por una sola comida vendió su primogenitura”. Este hecho nos da un tremendo ánimo, porque Dios dijo que lucharía contra las obras de la carne, que tan fácilmente acosan a Su pueblo, de generación en generación.

Deberíamos estudiar esta batalla, porque sería de gran ayuda en nuestra propia vida para entender cómo podemos obtener la victoria sobre la carne, especialmente sobre la inmoralidad, ya que Esaú tuvo dos mujeres y Amalec nació de la concubina de su padre Elifaz, hijo de Esaú.

Refidim, el lugar donde se desarrolló la batalla, significa “refrigerio” y se encuentra cerca del monte Sinaí en el desierto. Este ejemplo natural de la batalla nos enseña acerca de una victoria sobre la carne en medio de las experiencias secas del desierto, algo por lo cual todos pasaremos. El estudio de esta victoria traerá nuevo ánimo y refrigerio a nuestra propia alma.

Josué fue elegido para ser el capitán de Israel y él, con los hombres escogidos, fue a luchar contra Amalec, que espiritualmente representa la lujuria de la carne. “Josué” es el nombre hebreo para “Jesús”, que significa “Salvador”; sin embargo, para que Josué tuviera éxito, Moisés tuvo que alzar sus manos mientras observaba la batalla desde lo alto del monte. Cuando Moisés alzaba sus manos, Israel prevalecía, pero cuando bajaba sus manos, Amalec prevalecía. Sin querer llevar a un extremo este tipo, tenemos que entender qué es importante para nosotros en nuestra batalla contra la inmoralidad y la lujuria de la carne. Mientras oremos, el Señor Jesús dará la victoria, pero cuando dejamos de orar, los apetitos de la carne se hacen más fuertes.

Tan importante fue esta batalla, que el Señor decretó que se debía escribir un memorial de ella en un libro, que los eventos se recitaran a oídos de Josué para que se pudiera contar el relato a las futuras generaciones. También hubo que construir un altar, cuyo nombre fue “Jehová-Nissi”, “El Señor nuestro Estandarte”.

Un estandarte habla de victorias. El rey guerrero David declaró en el Salmo 20:5, que cuando alzamos nuestras pendones o banderas, damos honor y gloria a nuestro “Josué”, el Señor Jesucristo, quien nos da la victoria vez tras vez. Como Pablo declaró en Romanos 8:37: “Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó”, y que dio Su vida por nosotros. El Victorioso sobre la cruz, quien fue levantado en lo alto, lo hizo para que nosotros también podamos levantar nuestros estandartes de de victorias ganadas por medio de Jehová-Nissi. ¡Gloria a Su precioso nombre!

Por tanto, amados, cuando seamos tentados y oprimidos por los pecados que nos acosan, recordemos Su nombre, “Jehová-Nissi”, porque no hay tentación que nos haya sobrevenido, que no sea humana (1 Co. 10:13).

Pablo continúa en 1 Corintios 10:13: “...pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar”. Se espera que ganemos cada batalla de nuestra vida por la gracia de nuestro Jehová-Nissi, como Josué, cuando estaba a punto de luchar contra Jericó y descubrió que el Señor vino a él para darle la victoria.

Los resultados serán que nosotros y nuestra congregación seremos tremendos, imponentes a la vista de nuestros enemigos como un ejército con banderas (Cantar de los Cantares 6:10 LBLA).

Cuando un ejército marcha hacia su enemigo con banderas desplegadas, el temor invade el corazón del enemigo, porque ellos sólo perciben que ese es un ejército que ha ganado victoria tras victoria. Así también, cuando la Iglesia marcha con sus banderas o estandartes al viento, Satanás y sus huestes saben que las puertas del infierno no prevalecerán contra el victorioso ejército del Señor.

JEHOVÁ ROHI

El Señor mi Pastor

Este es uno de los títulos y ministerio que más ama el Señor. Como escribe el apóstol Pedro, Él es el Pastor Principal de nuestras almas. Se nos presenta como Jehová Rohi en la bien conocida y amada porción de la Escritura, el Salmo 23. En este salmo David usa muchos títulos para el Señor, los cuales consideraremos más adelante, porque revelan la deleitable variedad de la naturaleza y belleza de Su excelencia, la cual no encontramos en ningún otro lugar de las Sagradas Escrituras.

Escrito cerca del final de su vida, este salmo refleja los títulos compuestos por los que David seguramente conocía mejor a su Jehová. Este método de presentación se lo debemos al Dr. John Macbeth, pero los comentarios son nuestros.

Salmo 23

“Salmo de David. Jehová es mi pastor; nada me faltará” (Sal. 23:1). De este supremo título, “Jehová Rohi”, “El Señor es mi pastor”, tenemos los aspectos de un ministerio de cuidado pastoral de Sus ovejas, el cual también revela a Jehová Jireh, El que ve y provee para nuestras necesidades.

“En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará” (Sal. 23:2). Jehová Shalom es ejemplificado en este versículo, el Señor nuestra Paz, quien, como hizo con Sus discípulos, a veces nos dice: “Venid aquí y descansad un rato”.

“Confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre.” (Sal. 23:3). Aquí vemos, particularmente, a Jehová Rofeka, el Divino Pastor. Como ocurre con los pastores en lo natural, nuestro Señor sana a Sus ovejas en todas sus áreas de necesidad, incluyendo el alma, las emociones que quizá se hayan afligido debido a las batallas diarias.

Jehová Tsidkenu, el Señor nuestra Justicia, es siempre un amante de la justicia y de los que son justos. Como nuestro Pastor, Él intenta llevarnos a los caminos en los que podamos caminar en integridad y justicia.

“Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento” (Sal. 23:4). Aquí podemos ver a Jehová Makkeh como el que lleva la vara de la corrección.

“Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores; unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando” (Sal. 23:5). Jehová-Nissi es el Señor que va delante nuestro, dándonos la victoria.

“Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa de Jehová moraré por largos días” (Sal. 23:6). Este es El Shaddai quien nos bendice abundantemente con su bondad.

Hemos visto el Salmo 23 de una manera que manifiesta el carácter polifacético de un pastor. Él es un proveedor, Jehová Jiréh. Él es alguien que debe emanar paz para que las ovejas puedan alimentarse con confianza y descansar en los verdes pastos. Debe consolar y restaurar el alma de los desalentados, como Jehová Rofeka. El pastor debe ser un hombre de justicia e integridad, como es manifestado en Jehová Tsidkenu. Sin embargo, también debe corregir a la oveja descarriada; por tanto, debe reunir todas las cualidades intrínsecas en Jehová Makkeh. El pastor también debe ser capaz de mantener alejado al enemigo, como David luchó y libró a las ovejas del oso y del león, y así se representó a sí mismo como Jehová-Nissi, quien es vencedor. Finalmente, el buen pastor es el que bendice a sus ovejas como lo hace El Shaddai.

Ciertamente, todo lo anterior podemos asociarlo rápidamente con Jesús, Aquel que ama nuestra alma. En este salmo se nos presenta a nuestro Pastor, que tiernamente cuida, guía y provee para todas nuestras necesidades. Él nos dirige, como dirigió a Moisés y a los hijos de Israel en Isaías 63:11-14: “Pero se acordó de los

días antiguos, de Moisés y de su pueblo, diciendo: ¿Dónde está el que les hizo subir del mar con el pastor de su rebaño? ¿Dónde el que puso en medio de él su santo espíritu, el que los guió por la diestra de Moisés con el brazo de su gloria; el que dividió las aguas delante de ellos, haciéndose así nombre perpetuo, el que los condujo por los abismos, como un caballo por el desierto, sin que tropezaran? El Espíritu de Jehová los pastoreó, como a una bestia que desciende al valle; así pastoreaste a tu pueblo, para hacerte nombre glorioso”.

Otro aspecto de nuestro glorioso Pastor y Su ternura es expresado a través de la profecía de Moisés con relación a Benjamín, en Deuteronomio 33:12: “A Benjamín dijo: El amado de Jehová habitará confiado cerca de él; lo cubrirá siempre, y entre sus hombros morará”.

Amados, que nosotros también podamos morar en la seguridad provista por nuestro amado Jehová Rohi, porque no debemos olvidar nunca que “todos nos descarriamos como ovejas” y tenemos que volver al pastor de nuestra alma.

JEHOVÁ RAFÁ

El Señor nuestro Sanador

Una de las mayores bendiciones que Jesús obtuvo en Su pasión para nosotros, fue la sanidad por medio de Su llaga, o como dice el apóstol Pedro: “quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados” (1 Pedro 2:24). Aquí Pedro usa el tiempo pasado para referirse a un hecho que ya se llevó a cabo; por tanto, deberíamos tratar de apropiarnos de esta bendición cuando estemos enfermos.

La revelación del nombre “Jehová Rafá” se dio por primera vez durante el viaje de los hijos de Israel por el desierto, cuando llegaron a las aguas amargas de Mara. Cuando Moisés clamó a Dios, Él le mostró un árbol (Ex. 15:25-26) y le ordenó que lo echara en el agua. Al echar el árbol, que habla de la cruz y la obra redentora de Cristo en la cruz, las aguas se hicieron dulces; sin

embargo, el Señor continuó la sanidad de las aguas con la siguiente promesa condicional y la revelación de su nombre como “Jehová Rafá”.

El Señor declaró Su nombre a Moisés en Éxodo 15:26: “y dijo: Si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios, e hicieres lo recto delante de sus ojos, y dieres oído a sus mandamientos, y guardares todos sus estatutos, ninguna enfermedad de las que envié a los egipcios te enviaré a ti; porque yo soy Jehová tu sanador (Jehová Rafá)”.

El deseo y la voluntad del Señor de sanar a Su pueblo quedan claramente indicados en el Salmo 103:3: “Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias...”. Esta sanidad fue comprada por el precio de los latigazos que cayeron sobre la espalda de nuestro Salvador. En el Salmo 129:3 se nos da una descripción de esta herida: “Sobre mis espaldas araron los aradores; hicieron largos surcos”. El insoportable dolor que Jesús sufrió cuando fue molido como ningún otro hombre, nos habla de Su deseo de sanar a Su pueblo. Nuestra sanidad fue comprada a un alto precio. Sin duda que es Su voluntad sanarnos, como ilustra el siguiente pasaje: “Y he aquí vino un leproso y se postró ante él, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. Jesús extendió la mano y le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante su lepra desapareció” (Mt. 8:2-3).

La obra de la cruz con respecto a la sanidad es de nuevo ilustrada, de una forma muy hermosa, en el pasaje del Antiguo Testamento donde Dios envió una plaga a los hijos de Israel por su desobediencia. Pero cuando

Moisés clamó a Dios para que tuviera misericordia de ellos, el Señor le dijo que levantara una serpiente de bronce en un asta y que todo el que la mirase sería sanado.

Los que conocemos al Señor Jesús como nuestro Salvador sabemos que Él perdona todos nuestros pecados. ¿No deberíamos anhelar conocerle como El que sana todas nuestras enfermedades?

La sanidad conlleva no sólo las aflicciones de nuestro cuerpo, sino las de nuestra alma también, como leemos en el Salmo 147:3: “Él sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas”. Aquellos que han sido heridos por el divorcio, el rechazo o los actos de injusticia de otros, pueden obtener la gloriosa sanidad de sus corazones espirituales de manos de Jehová Rafá.

Tenemos un maravilloso Sanador en nuestro bendito Jesús, quien es Jehová Rafá: “Yo soy Jehová que te sana”. Sólo crean, amados, Él llevó nuestras enfermedades sobre Su espalda para que podamos conocer el río de la gloriosa sanidad que fluye del Calvario.

También tenemos una hermosa lección en Marcos 10:46 en adelante, donde se nos dice que Jesús, pasando por Jericó, oyó la voz del ciego Bartimeo: “...¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!”. El compasivo Cristo de Dios se detuvo y ordenó que le trajeran a Bartimeo. Luego, cuando el ciego llegó donde Él estaba, Jesús le preguntó: “¿Qué quieres que te haga?”. “que recobre la vista”, respondió rápidamente el ciego. Entonces

Jesús le contestó: "...Vete, tu fe te ha salvado". Aquí vemos dos lecciones muy importantes asociadas con la sanidad.

Sean específicos, amados, y crean. De la misma forma que el apóstol Santiago dice: "¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor..."

Si alguien duda que Jesús desee sanar, considere las palabras del amado apóstol Juan, quien, dirigiéndose a su amado hijo en la fe, Gayo, dice en 3 Juan 2: "Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma".

Al considerar este versículo nos damos cuenta que este sería el deseo de cualquier padre para su hijo. 1.) Que prospere en la vida, 2.) Que disfrute de buena salud. 3.) Que sea bendecido espiritualmente.

¿Acaso nuestro Padre celestial desea menos para nosotros? Ciertamente, Él quiere que prosperemos en esta vida y seamos fructíferos, como dice en el Salmo 1:3: "... Y todo lo que hace prosperará". Él también desea que disfrutemos de buena salud, y por eso sufrió el dolor de afligir a Su amado Hijo con esas heridas, para que Él deje que la virtud de la sanidad fluya cuando nuestro cuerpo se enferme. Sólo cree, amado, recíbele como Jehová Rafá y recibe tu sanidad.

JEHOVÁ SABAOTH

El Señor de los Ejércitos

El Señor se reveló a Sí mismo, por primera vez con este nombre, a Josué, como está escrito en Josué 5:14-15: “Él respondió: No; mas como Príncipe del ejército de Jehová he venido ahora. Entonces Josué, postrándose sobre su rostro en tierra, le adoró; y le dijo: ¿Qué dice mi Señor a su siervo? Y el Príncipe del ejército de Jehová respondió a Josué: Quita el calzado de tus pies, porque el lugar donde estás es santo. Y Josué así lo hizo”.

Este nombre, que significa “El Señor de los ejércitos”, aparece cuando es invocado por Su pueblo en tiempos de gran necesidad, conflicto y algunas veces en sus fracasos.

En su desesperación por la batalla que mantenía con Penina, su adversaria, Ana, la mujer de Elcana, clamó a Jehová Sabaoth para que le concediera poder tener un hijo, como vemos en 1 Samuel 1:11: “E hizo voto, diciendo: Jehová de los ejércitos, si te dignares mirar a la aflicción

de tu sierva, y te acordares de mí, y no te olvidares de tu sierva, sino que dieres a tu sierva un hijo varón, yo lo dedicaré a Jehová todos los días de su vida, y no pasará navaja sobre su cabeza”.

Era una situación humanamente imposible, porque ella estaba luchando contra lo que parecía ser una batalla perdida contra su adversaria, por eso pidió la intervención sobrenatural del fuerte y terrible, Jehová Sabaoth.

Es importante darnos cuenta de que los creyentes reciben el entendimiento de este nombre en tiempos de profunda desesperación, cuando están aparentemente dominados por un enemigo o situación muy fuerte, donde sus fuerzas no valen para nada. Como vemos por la historia de Israel, es sólo cuando el pueblo de Dios le había fallado y se volvían a Él arrepentidos buscando ayuda para vencer a sus enemigos, cuando éstos imploraban y buscaban al Señor de los Ejércitos.

Así sucedió en los días de Samuel, el hijo de Ana, cuando los filisteos vinieron contra Israel y el Señor permitió que Israel fuera herido por sus enemigos. Sólo entonces fueron a buscar el Arca del Señor de los Ejércitos, el Señor de los ejércitos del cielo. Sin embargo, debido a su maldad, el Señor no luchó por ellos y los filisteos llevaron cautiva el Arca del Pacto.

Fue por el Señor de los Ejércitos, a través de Samuel, que Saúl fue dirigido a destruir a los amalecitas (1 S. 15:2). Ahora vemos otro ejemplo ahora en la vida de David cuando salió a la batalla contra el gigante Goliat, lo

hizo en el nombre del Señor de los Ejércitos, el Dios de los ejércitos de Israel (1 S. 17:45).

Así vemos que el nombre del Señor de los Ejércitos es usado en las batallas. La grandeza de David en la batalla está unida al hecho de que Jehová Sabaoth estaba con él (2 S. 5:10). Pero David reconoció que era bajo el nombre del Señor de los Ejércitos como Dios había prometido edificar Su casa (2 S. 7:26-27).

Tanto Elías (1 Reyes 18:15) como Eliseo (2 Reyes 3:14) reconocieron que permanecieron delante del Señor de los ejércitos cuando se enfrentaron a sus enemigos.

Estas declaraciones describen un hermoso cuadro de la intimidad que tenían los profetas con el Señor, también muestran la santa dependencia que tenían de Él para esperar Sus órdenes, y el poder de los ejércitos de los cielos que Él mandaba para llevar a cabo Sus deseos. Por lo tanto, apreciemos por Su gracia, estos principios e intentemos esperar siempre en Él para cumplir Su voluntad sobre la tierra como es hecha en el cielo.

Más adelante en la historia de los hijos de Israel, la querida ciudad santa de Jerusalén fue rodeada por las fuerzas del ejército asirio. El profeta Isaías declaró que un remanente escaparía del rey asirio, Senaquerib (2 Reyes 19:31): “Porque saldrá de Jerusalén remanente, y del monte de Sion los que se salven. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto”.

El Señor liberó a las escasas fuerzas del justo rey Ezequías en Jerusalén, por medio del ángel del Señor matando a

185,000 de las tropas del rey asirio que los estaban acosando. ¡Oh, el infinito poder de Dios; cuando Él decide actuar, quién pueda detenerlo!

Las lecciones que este nombre encierra se aprenden sólo por medio de una profunda relación del pueblo de Dios con Él mismo. Estas vienen cuando somos colocados en circunstancias aparentemente imposibles y demasiado grandes para nosotros. Sin embargo, en estos tiempos, cuando el enemigo parece estar a punto de triunfar, el nombre de Jehová Sabaoth resuena en los atrios de los cielos y el Todopoderoso revela Su poder y actúa con Sus ejércitos a favor de Sus amados aquí abajo.

El salmista declara en Salmos 46:2-3, 7: “Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar; aunque bramen y se turben sus aguas, y tiemblen los montes a causa de su braveza... Jehová de los ejércitos está con nosotros; nuestro refugio es el Dios de Jacob. Selah”. La tierra está muy firme y segura, pero al mismo tiempo, aun si fuera removida, no hemos de temer porque Él es nuestro refugio.

Es el Señor de los Ejércitos el que destruye al adversario y da completa liberación. Después de haber tratado con Su pueblo y cumplido el propósito de Su trato, Él trata con el enemigo y las naciones que causaron dolor y aflicción (Is. 10:12, 24-27).

Cuando Su pueblo fue capturado y no tuvo fuerza para ayudarse a sí mismo, fue cuando, particularmente, los profetas repitieron más este nombre buscando consuelo.

Jeremías, en la destrucción de Jerusalén, lo usó casi 80 veces, y Hageo lo repite constantemente en su exhortación al remanente que había salido de Babilonia para reconstruir la casa del Señor (Hag. 2:4-9).

Amados, nuestro Salvador quiere que lo conozcamos por Su nombre “Jehová Sabaoth”, para que cuando estemos en una situación extrema en donde todo parece estar perdido y sin esperanza, como le pasó a los santos de la antigüedad, enfoquemos nuestros ojos hacia el cielo y clamemos al Señor de los Ejércitos y después, con el clamor como de un hombre despertado de un sueño profundo, Él mismo se levantará a nuestro favor y veremos al Capitán del Señor de los Ejércitos que nos da la victoria una y otra vez. ¡Alabe Su maravilloso nombre que es sobre todo nombre, el nombre de Jesús, nuestro Jehová Sabaoth! Después gritaremos con todos los que nos precedieron: “¡Victoria, la victoria mía es!”.

JEHOVÁ SHALOM

El Señor nuestra Paz

¿Cuántas veces al llegar ese momento del año en el que celebramos el nacimiento de nuestro Salvador oímos “Paz en la tierra y buena voluntad para los hombres”? La paz es una virtud que todos deseamos grandemente y es al Príncipe de paz, nuestro Jehová Shalom, “El Señor es paz”, a quien queremos conocer y parecernos, sin importar las circunstancias. En la tierra Él siempre fue el Señor de cada situación, nunca se preocupó, siempre se sintió cómodo. Incluso en la más violenta de las tormentas en el mar de Galilea, pudo permanecer en un lado de la barca y decir: “Calla, enmudece”, y a su orden aquellas olas violentas se apaciguaron (Mc. 4:35-39).

Nos encontramos por primera vez con el nombre de Jehová Shalom en Jueces 6:24: “Y edificó allí Gedeón altar a Jehová, y lo llamó Jehová-Shalom”, que significa “Jehová es paz”.

Sin embargo, el clima espiritual, moral y político en Israel en el momento de esta revelación era tal, que la tierra fue conquistada y dividida, no había lugar central de adoración o gobierno y “cada uno hacía lo que bien le parecía”. (Jue. 21:25). Israel se corrompió con ídolos y abominaciones, perdieron su pureza, prosperidad, libertad y paz.

Debido a la desobediencia de Israel al mandato del Señor de someter a todas las naciones de la tierra de Canaán, fue el enemigo el que sometió a Israel, asolando la tierra y cosechando lo que Israel había sembrado, y haciendo que la gente se escondiera en las cuevas entre las rocas. Cada apostasía trajo consigo un juicio. Este era el tiempo, en el libro de los Jueces, en el que los hijos de Israel trajeron sobre sí mismos el “círculo vicioso” de pecado, rebelión, esclavitud y opresión, liberación y luego vuelta de nuevo al pecado, repitiendo todo el proceso vez tras vez.

Bajo estas condiciones, mientras Gedeón estaba sacudiendo el trigo en el lagar para esconderlo de los madianitas, el ángel del Señor se le apareció y le dijo: “...Jehová está contigo, varón esforzado y valiente...Vé con esta tu fuerza, y salvarás a Israel de la mano de los madianitas. ¿No te envió yo?” (Jue. 6:12, 14).

Gedeón había recibido un llamado claro para llevar a cabo la liberación de Israel. Él alegó su incapacidad e indignidad, pero con la certeza de que Dios estaría con él, aceptó la promesa y clamó a Jehová Shalom. Esto implica que sólo Jehová es el Autor y Dador de paz, que Él es Paz

en Sí mismo. La paz no es algo sino Alguien, no es sólo una virtud sino una Persona. Entre los ejemplos de la Escritura están Romanos 15:33, donde se le llama Dios de paz, y también Hebreos 13:20 y 1 Tesalonicenses 5:23. En Efesios 2:14 es llamado “nuestra paz”. Con esto tenemos fuerte evidencia de la Personificación de la Paz. Cristo no sólo predicó paz e hizo la paz por la sangre que vertió, sino que Él mismo es Paz.

Hay varios significados y usos de la palabra “Shalom”. Varias traducciones de esta palabra son “enteras”^{N.T. 1}, como en Deuteronomio 27:6, “poner fin, terminar” en Daniel 5:26 y 1 Reyes 9:25, y “colmar” en Génesis 15:16. Se usa en el sentido de “hacer buena una pérdida” y es traducido como “pagar” en Éxodo 21:34; 22:5-6, y en otros pasajes similares. En el sentido físico o material de totalidad también es traducido como “bienestar” o “bien” (Gn. 43:27). José indagó con relación al bienestar de sus hermanos, y usó la misma palabra en el mismo versículo, preguntando si su padre estaba bien. Se usa muy frecuentemente como “rendir”, “pagar” o “hacer” en el sentido de “cumplir o terminar las obligaciones”. Esto es particularmente cierto en votos hechos al Señor (Sal. 50:14; Dt. 23:21). Es traducido unas 20 veces como “perfecto”, como vemos en 1 Cr. 29:19 y en 1 Reyes 8:61: “Sea, pues, perfecto vuestro corazón para con Jehová nuestro Dios...”, también pudiendo ser interpretado como “estando en integridad o en armonía con Dios”. Esta es la idea básica que subraya todas las diferentes traducciones de esta palabra hebrea – una armonía de relación o una reconciliación basada en la conclusión de una transacción, el pago de una deuda.

A la luz de este pensamiento de que Él ha pagado la deuda de nuestros pecados, deberíamos ver muy claramente este aspecto del sacrificio de Cristo sobre la cruz del Calvario. Nuestros pecados habían levantado una pared entre nosotros y el Padre, pero como dice Pablo es Cristo el que ha derribado toda pared y nos ha unido de nuevo con el bendito y amado Padre celestial (Ef. 2:14). “Shalom” tiene el sentido de “ser uno” o “unidad con otro”, en este caso con el Padre.

Sin embargo, para conocer y experimentar a Cristo como nuestro Jehová Shalom, tenemos que darnos cuenta que hay algunos pasos positivos que debemos dar. Éstos se encuentran en Filipenses 4:6-7 donde se nos dice: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”.

El mandato anterior, y ¡es un mandato!, lo entendí en una ocasión cuando estaba predicando sobre estos mismos versículos. Mientras animaba a los santos para que entregaran sus cargas y peticiones al Señor, lo vi a Él de pie entre las bancas con una cesta. Cuando la congregación le entregó sus peticiones en oración, Él las recogió en esa cesta para encargarse de ellas, aliviar sus cargas y dejarlos con una canción. Hágalo ahora, amado y vea cómo su carga desaparecerá y la paz de Dios inundará su alma.

“Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable,

todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad” (Fil. 4:8).

Este versículo también me fue mostrado en una visión. Vi un camino dentro del oído de un creyente, y un demonio con un pensamiento de desánimo buscaba entrar por él para colocarlo en la mente del creyente. Sin embargo, había ocho puertas que tenía que atravesar, llamadas Verdadero, Honesto, Justo, Puro, Amable, de Buen Nombre, Virtud y Alabanza. Ese pensamiento no pudo pasar por estas puertas, porque el creyente activamente, lo examinaba haciendo estas pruebas; y al encontrar que era falso, no lo aceptó en su mente. Amado, asegúrese que sus puertas estén cerradas, que los pensamientos del maligno no lo perturben ni lo entristezcan, porque de esta forma su vida será infinitamente más gozosa y fructífera.

Otra clave por la cual recibimos y guardamos Su paz es revelada por el apóstol Pablo en Romanos 5:1: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo...”.

Este principio de la justificación es muy importante. Un ejemplo de esto, en lo natural, podemos verlo cuando un autor escribe algo de un manuscrito en una máquina de escribir. La parte izquierda de la página quedará perfectamente alineada porque el carro de la máquina vuelve a la misma columna. Sin embargo, el lado derecho de la página queda desigual, con algunas líneas que llegan más lejos y otras que quedan muy cortas.

Así pues, antes de imprimir el manuscrito, el impresor alineará el lado derecho para hacer que estas líneas queden tan rectas como las del lado izquierdo. Espiritualmente, el lado izquierdo representa la vida y carácter del Señor Jesús, mientras que el lado derecho representa nuestra naturaleza depravada. Línea por línea, Dios pone Su mano en las cosas de nuestra vida que necesitan ser alineadas. Mientras trabajemos con Dios, sometiéndonos a los ajustes de aquellas áreas de nuestra vida sobre las que Él quiere trabajar, tendremos paz con Dios. Sin embargo, cuando nos resistimos, perdemos nuestra paz. Que podamos someternos al gentil trabajo de Su Espíritu Santo hasta que seamos conformados, por Su gracia, a la justicia de nuestro Señor Jesús.

Encontramos la bendición prometida al someternos al trato del Señor en Juan 14:27: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo”. Mientras pongamos estos principios en práctica, descubriremos que nuestro Príncipe de Paz habitará en nosotros y seremos revestidos de nuestro Jehová Shalom.

JEHOVÁ Sama

El Señor Está Ahí

“Jehová-sama” tiene un hermoso significado, El Señor Está Ahí. Este nombre se encuentra, de esta forma, sólo una vez, refiriéndose al nombre de la ciudad de Jerusalén que el profeta Ezequiel vio en una visión (Ez. 48:35). Esta ciudad será la Jerusalén restaurada después de la Segunda Venida de Cristo, la morada de Dios durante Su reino milenial.

En nuestros días, seguramente el deseo de cada congregación es conocer y sentir que Jehová-Shammah está en medio de ellos. ¿No es nuestro objetivo, como creyentes individuales, tener Su presencia con nosotros dondequiera que vayamos?

A menudo Su presencia se nos hace manifiesta en circunstancias muy inesperadas. Veamos algunos acontecimientos en la Escritura, comenzando con Jacob, quien dejando la casa de su padre Isaac, llegó la

primera noche a Luz. Ahí durmió con una piedra como almohada y tuvo un sueño extraordinario, el cual leemos en Génesis 28:10-19: “Salió, pues, Jacob de Beerseba, y fue a Harán. Y llegó a un cierto lugar, y durmió allí, porque ya el sol se había puesto; y tomó de las piedras de aquel paraje y puso a su cabecera, y se acostó en aquel lugar. Y soñó: y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella. Y he aquí, Jehová estaba en lo alto de ella, el cual dijo: Yo soy Jehová, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente. He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho. Y despertó Jacob de su sueño, y dijo: Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía. Y tuvo miedo, y dijo: ¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo. Y se levantó Jacob de mañana, y tomó la piedra que había puesto de cabecera, y la alzó por señal, y derramó aceite encima de ella. Y llamó el nombre de aquel lugar Bet-el, aunque Luz era el nombre de la ciudad primero”.

Así pues, este lugar en el seco e indeseable desierto fue conocido como “Bet-el”, “La casa de Dios”. Hay un hermoso principio aquí y es que cuando la presencia de Dios llega a un lugar, cualquiera que este sea, la fachada de un almacén o una bodega, este se transforma en un lugar de belleza, deseado y buscado debido a Jehová-

Shammah. Por todo el mundo se pueden ver los edificios más elegantes dedicados a Dios y, sin embargo, no son nada más que mausoleos, porque les falta la presencia del Dios de luz, y en cambio son la morada del príncipe de las tinieblas y sus secuaces. Que nunca se diga que el edificio en el que adoramos a Dios es un “Sardis,” teniendo nombre de que vivimos y sin embargo estamos muertos. He conocido a iglesias que se han pasado de humildes edificios habitados por la presencia de Dios a adornadas estructuras, a los cuales cuando la congregación entró, descubrieron que el Señor todavía vivía en el antiguo edificio y que Su gloria y su presencia no se habían mudado con ellos.

Además del edificio físico, el salmista habla de una morada espiritual permanente de Dios en el Salmo 132:13-14: “Porque Jehová ha elegido a Sion; la quiso por habitación para sí. Este es para siempre el lugar de mi reposo; aquí habitaré, porque la he querido”. No importa en qué edificio habite la iglesia; como pastores, líderes y miembros de la congregación, debemos desear ardientemente que nuestra iglesia llegue a la Sion espiritual, al lugar de Su Santidad, como dice el apóstol Pablo en Hebreos 12:22: “sino que os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles...”.

No obstante y en cierto sentido, no podemos escapar de Su presencia, porque David escribió: “¿A dónde iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciera mi estrado, he aquí, allí tú estás” (Sal. 139:7-8). Verdaderamente, Él

está en todas partes y queremos ser como aquellos de los que David escribió en el Salmo 24:4: “El limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a cosas vanas, ni jurado con engaño”, estar en Su Santo Lugar, y habitar en Su Tabernáculo. Muchas iglesias tienen la presencia de Dios en sus servicios, con todo el Señor nos ha dado un llamamiento aun más alto: ser cambiados totalmente a Su imagen y habitar con Él en el Lugar Santísimo en el monte Sion, la morada de Dios.

Siempre ha sido la intención de Dios poder habitar con el hombre mortal, al cual Él creó. En el jardín del Edén, Él tuvo comunión con nuestros primeros padres al aire del día. Sin embargo, cuando ellos se rebelaron, tuvo que echarlos del jardín que había llenado de todo árbol agradable. Desde ese entonces, Él ha intentado hacer de nuestro corazón Su hermoso jardín, lleno del fruto de Su Espíritu, al cual Su presencia pueda acudir. Por tanto, intentemos ser como declara Cantar de los Cantares 4:12-16, un jardín lleno de los nueve frutos del Espíritu dentro del cual, como dijo la sulamita: “Venga mi amado a su huerto”, porque el Señor desea no tanto habitar en templos hechos por la mano del hombre, sino que Él como Jehová Shamma, desea poder habitar los templos vivos, los cuales son el corazón de Sus hijos e hijas.

JEHOVÁ TSIDKENU

El Señor nuestra Justicia

El contexto en el que encontramos la revelación de “El Señor nuestra Justicia” está en Jeremías 23:5-6: “He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será Su nombre con el cual le llamarán: JEHOVÁ NUESTRA JUSTICIA”.

Otra vez, en Jeremías 33:16, se manifiesta esta característica del Señor: “En aquellos días Judá será salvo, y Jerusalén habitará segura, y se le llamará: Jehová, justicia nuestra”.

Estos dos pasajes tratan con las promesas de Dios para una generación que estaba lejos de ser justa y debido a las iniquidades de Judá, Jerusalén iba a ser arrasada. Sin embargo, el Señor mira más allá de esa generación, al tiempo de la última restauración de Jerusalén que será después de Su Segunda Venida.

La palabra “Tsidkenu” tiene el sentido de “derecho” o “recto”, significando así en Jeremías 25:5 que Jehová Tsidkenu hará que prosperen Sus deseos para Israel. Levítico 19:35-36 habla de esto: “No hagáis injusticia en juicio, en medida de tierra, en peso ni en otra medida. Balanzas justas, pesas justas y medidas justas tendréis. Yo Jehová vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto”.

Nuestras relaciones unos con otros deben ser estrictamente justas y cabales. Tristemente, este no fue el caso de los habitantes de Jerusalén en los días de Jeremías. Apelando dolorosamente al malvado rey Joacim, el Señor, usando los labios de Jeremías, dijo: “¡Ay del que edifica su casa sin justicia, y sus salas sin equidad, sirviéndose de su prójimo de balde, y no dándole el salario de su trabajo!” (Jer. 22:13).

Luego, el Señor le recordó a Joacim a su piadoso padre Josías cuando Él dijo: “¿Reinarás, porque te rodeas de cedro? ¿No comió y bebió tu padre, e hizo juicio y justicia, y entonces le fue bien? Él juzgó la causa del afligido y del menesteroso, y entonces estuvo bien. ¿No es esto conocerme a mí? dice Jehová” (Jer. 22:15-16). Recuerdo muy bien que, en el lecho de muerte de mi padre, el Señor habló de él como un hombre justo y recto. Que Dios nos conceda conocer a Jesús como nuestro Jehová Tsidkenu.

Cuando consideramos la virtud de la justicia, debemos recordar que nuestra justicia es como trapos de inmundicia, como dijo el Señor en Isaías 64:6. El apóstol Pablo escribe en Filipenses 3:9: “y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe”.

En su epístola a los Romanos, el apóstol Pablo desarrolla este principio acerca de la justicia: porque cuando por fe aceptamos a Cristo como nuestro Salvador, la justicia de Dios nos es imputada y somos contados justos a los ojos de Dios. Sin embargo, el Señor no se detiene aquí, sino que quiere obrar en nosotros Su justicia, línea por línea, como ya hemos discutido en Romanos 5:1, al hablar sobre la justificación. Por tanto, tenemos que saber cómo ser llenos de Su justicia. ¿Cómo lograr esto? La respuesta nos la da el Señor en Su cuarta bienaventuranza, en Mateo 5:6: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados”. Pidamos a Dios que nos de hambre y sed de Su justicia, para que Él pueda venir a nosotros como Jehová Tsidkenu.

Al contemplar este principio del Señor nuestra Justicia, tenemos primero que entender que, como dijo el amado apóstol Juan: “Hijos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo...” (1 Juan 3:7).

Por lo tanto, conocemos a Jesús como nuestra Justicia poniendo nuestro pie firmemente en el camino del justo. Mientras intentemos, por Su gracia, enderezar las cosas del pasado y caminar cada día en integridad ante Dios y los hombres, encontraremos que Su justicia estará siendo obrada en nosotros.

Como dijo el rey Salomón: Al hacer esto, nuestra vida será como la vida del justo. “Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto” (Proverbios 4:18).

Entonces, cuando veamos a Jesús, seremos vestidos de lino fino, el cual habla de la justicia de Jesús obrando en nosotros por medio de nuestro Jehová Tsidkenu.

Conclusión

Amable lector, al cerrar este pequeño devocional acerca de los nombres de Dios, confiamos en que usted haya podido apreciar algo más del diverso, increíble, y a la vez hermoso carácter de la bendita Trinidad.

Que el deseo del apóstol Pablo en Filipenses 3:10 sea el clamor de nuestro corazón: “a fin de conocerle”. Esto sólo es posible si le permitimos a Él guiarnos a experiencias en las cuales tengamos que clamar desesperadamente a Sus muchos nombres. Debemos ser derramados de vaso en vaso, mientras que nuevas experiencias nos introduzcan a Él en Su diversa naturaleza como se revela a través de sus diferentes nombres. El anhelo de nuestro corazón es que pueda ser dicho de nosotros, como lo fue de Jesús: “Él conoció Mi Nombre”.

Amado hermano, nunca tema cuando su nido se rompa, porque es el Señor preparándole para una situación fresca a la que Él desea llevarlo, con el propósito final de conocerlo por un nombre que aún no ha experimentado, o conocer más profundamente un nombre que ya ha experimentado en un menor grado. No tema, sino confíe en el Señor mientras lo guía a través de gloriosas aventuras espirituales que le revelarán Sus maravillosos nombres. ¡Amén!

Libros por el Dr. Brian J. Bailey

Comentarios sobre los libros de la Biblia

Génesis: El libro de los orígenes
Fiestas y Ofrendas, el libro de Levítico
Rut: La novia gentil de Cristo
Las tres casas de Esther
Salmos I: Capítulos 1-50
Salmos II: Capítulos 51-100
Salmos III: Capítulos 101-150
El libro de lamentaciones
El carro del trono de Dios: Una exposición del libro de Ezequiel
Daniel
Profetas Menores I: La restauración de los caídos (Oseas)
Profetas Menores II: Joel – Sofonías
Profetas Menores III: Hageo – Zacarías
El Evangelio de Mateo
El Evangelio de Juan
El Evangelio de Lucas
Romanos: Más que vencedores
Soldados de Cristo: Una exposición de la epístola de Pablo a los Efesios
Dando en el blanco: Una exposición de la epístola a los Filipenses
Colosenses y Filemón: La Senda de la Santidad
Hebreos: Detrás del velo
La Era de la Restauración
Las dos Sabidurías: La epístola de Santiago
Las Epístolas de Juan
Apocalipsis

Otros libros

Conozca su Biblia

El Viaje de Israel

El Tabernáculo de Moisés

Estudios sobre las vidas de David y Salomón

Pilares de la fe

El Espíritu Santo

La Cruz y la Resurrección de Cristo

La vida de Cristo

La Segunda Venida: Una exposición de la segunda venida del Señor

Liderazgo

Los Nombres de Dios

Maestros de Justicia

Preparación para el Avivamiento

**Para obtener más información o ejemplares adicionales,
diríjase a:**

Los EE. UU.

Zion Fellowship International
PO Box 70
Waverly, NY 14892
Tel: (607) 565-2801
Fax: (607)565-3329
www.zionfellowship.org
info@zionfellowship.org
cborges@zmi.edu

México

Instituto Sion A.C.
Presa las Julianas #49
San Juan Totoltepec
Naucalpan, Edo. de México
CP 53270 MEXICO
Tel/Fax: (55) 2640-8849
Email institutosion@prodigy.net.mx

Guatemala

Instituto Bíblico Jesucristo
Apartado Postal 910-A
Guatemala, Centroamérica
Tels: 5219-0444 y 45
E-mail: ibj@ibj-guatemala.org
ibj@zmi.edu, ibj@gmail.com
Página web: www.ibj-guatemala.org

EL SALVADOR

Para la edificación Publicaciones
Urb. Buenos Aires 1
Av. San Carlos #131
San Salvador, El Salvador C.A.
Tel: 503 2226-8845
Fax: 503 2235-1156
m.equim@gmail.com

HONDURAS

Instituto Bíblico Jesucristo
31 Calle entre 1a y 2a Avenida
Entre Juzgados y el Centro Médico
Col. La Granja, Tegucigalpa
Honduras, Centro América
Tel: (504) 225-6649
e-mail: ibj@iglesiacasadeoracion.org

COSTA RICA

Ministerio Cristiano
Sion
2377-3000
Heredia, Costa Rica,
C.A.
Tel: (506) 387-0681
Email
javisiondesion@yahoo.com

BOLIVIA

Instituto Bíblico Sion
Casilla 4252
Cochabamba
BOLIVIA
Tel: (591) 4 448-7562
jpalm@supernet.com.bo

ARGENTINA

Instituto Ministerial
Sion
Bermudez 455
1407-Buenos Aires
ARGENTINA
Phone: (5411)
46.36.2595
Fax: (5411) 46.72.6541
Email:
imsion@fibertel.com.ar

rutims@fibertel.com.ar

PARAGUAY

Instituto Ministerial
Sion Paraguay
Teniente Riquelme 369
esquina Carios
Asunción, Paraguay.
Tel: 595 (021) 558-766
[Instsion-
director@tigo.com.py](mailto:Instsion-director@tigo.com.py)